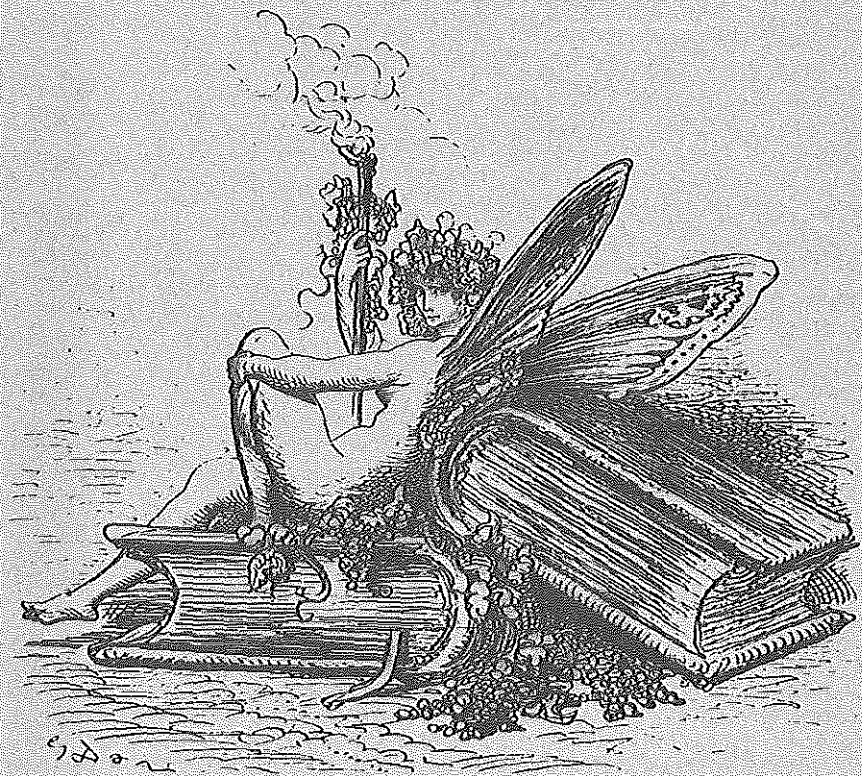


# CUERVO

Cuadernos de Cultura

monografía

Francisco Brines  
por  
Isabel Burdiel



Dibujos de José Hierro

Noviembre 1980

"Una vez, en triste medianoche,  
cuando, cansado y mustio, examinaba  
infolios raros de olvidada ciencia,  
mientras cabeceaba adormecido,  
oí de pronto que alguien golpeaba  
en mi puerta, llamando suavemente.  
-Es, sin duda -murmuré-, un visitante-...  
Sólo esto, y nada más..."

(The Raven; E.Allan Poe)

CUERVO  
Cuadernos de Cultura  
Monografía num.1  
Cuatrimestral

Primera edición en Noviembre de 1980  
Segunda edición en Junio de 1981

Dibujo de la portada: G. Doré  
Editan : Pablo Lluch y  
José María Izquierdo.  
Redacción: José María Izquierdo  
C/Rodríguez de Cepeda 42,12  
Tel.3.60.16.29

Imprime : OCMO  
C/Actor Llorens, 11 Bajo  
Tel.3.61.03.46

DEPOSITO LEGAL Num. V-2453-1980



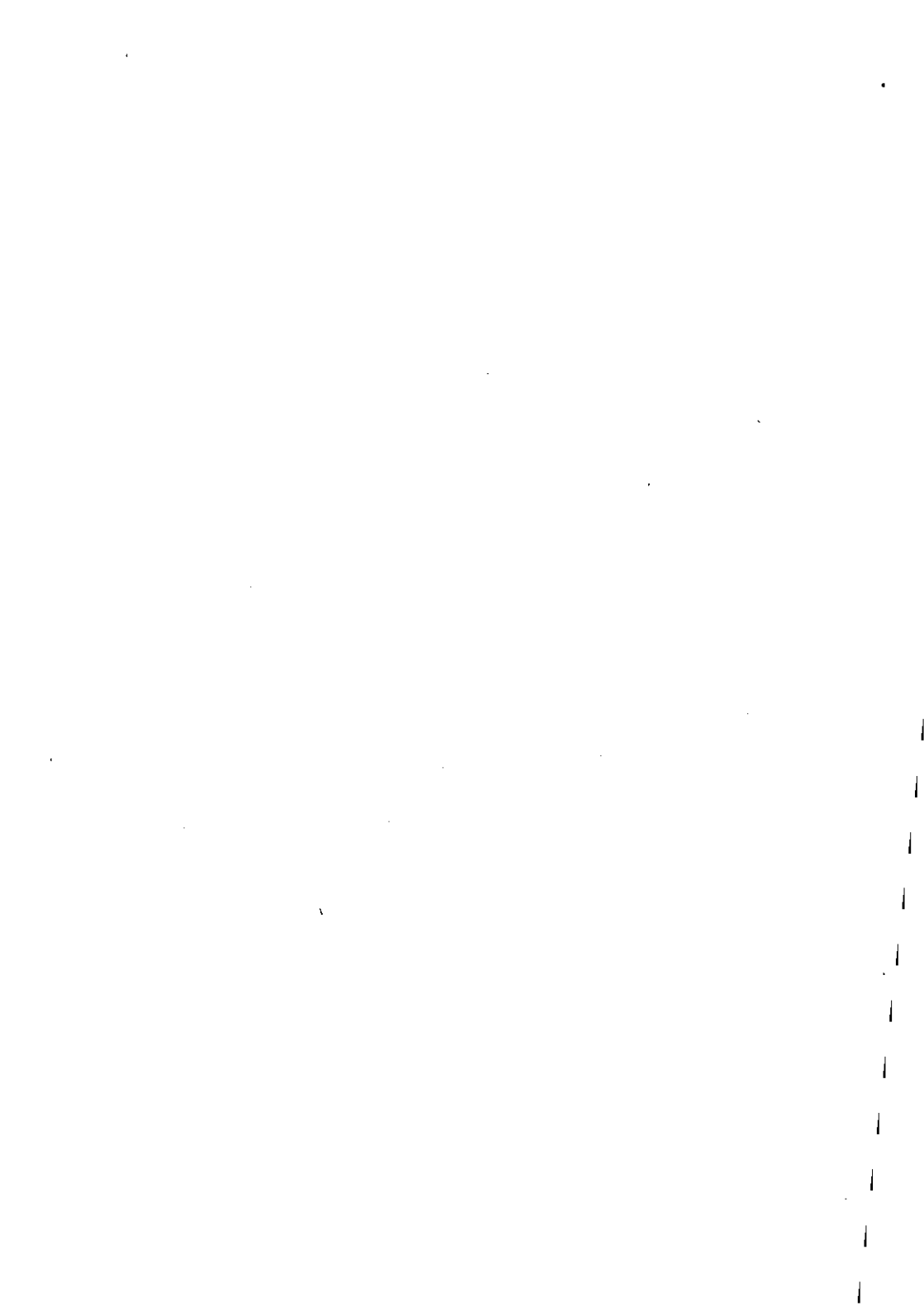
*Jolly Joker*

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54  
55  
56  
57  
58  
59  
60  
61  
62  
63  
64  
65  
66  
67  
68  
69  
70  
71  
72  
73  
74  
75  
76  
77  
78  
79  
80  
81  
82  
83  
84  
85  
86  
87  
88  
89  
90  
91  
92  
93  
94  
95  
96  
97  
98  
99  
100



**SUMARIO:**

PRESENTACION .....	5
I. CON FRANCISCO BRINES .....	9
— Experiencia de una despedida por Rafael Alfaro .....	11
— Con Francisco Brines por H. Alvarado Tenorio .....	19
— Entrevista a F. Brines por Isabel Burdiel .....	25
II. ANTOLOGIA POETICA .....	43
— Las Brasas (1960) .....	45
— Palabras a la oscuridad (1966) .....	48
— Aún no (1972) .....	57
— Insistencias en Luzbel (1977) .....	65
— Seis poemas inéditos .....	73
NOTA BIBLIOGRAFICA .....	83



*Con este número, dedicado al poeta Francisco Brines, inicia CUERVO una serie monográfica que abarcará temas y figuras de los más diversos campos de la cultura. Desde la literatura a la historia, desde la filosofía a la teoría política.*

*En esta ocasión, hemos preparado un pequeño dossier que pretende ofrecer al lector, por medio de tres entrevistas que se complementan, realizadas en épocas distintas y desde distintas perspectivas, y una breve antología de su obra publicada hasta el momento, una visión general lo más completa posible dentro de las evidentes limitaciones de un trabajo de este tipo, de la personalidad humana y de la obra poética de Francisco Brines.*

*En todo ello coincidía, junto a otras muchas razones, la necesidad de proporcionar un material de referencia lo suficientemente amplio sobre la obra y la personalidad de uno de los autores más relevantes de nuestra época, cuya producción poética publicada se encuentra en estos momentos agotada en su totalidad.*

*Seis poemas inéditos cierran este número.*

*Todos los dibujos de la sección poética son originales del también poeta y gran amigo del autor, José Hierro.*

*Sólo nos resta añadir nuestro agradecimiento, público esta vez, a ambos y especialmente a Paco Brines, por su entusiasta, estimulante, colaboración, sin la cual este proyecto no se hubiera podido llevar a cabo.*

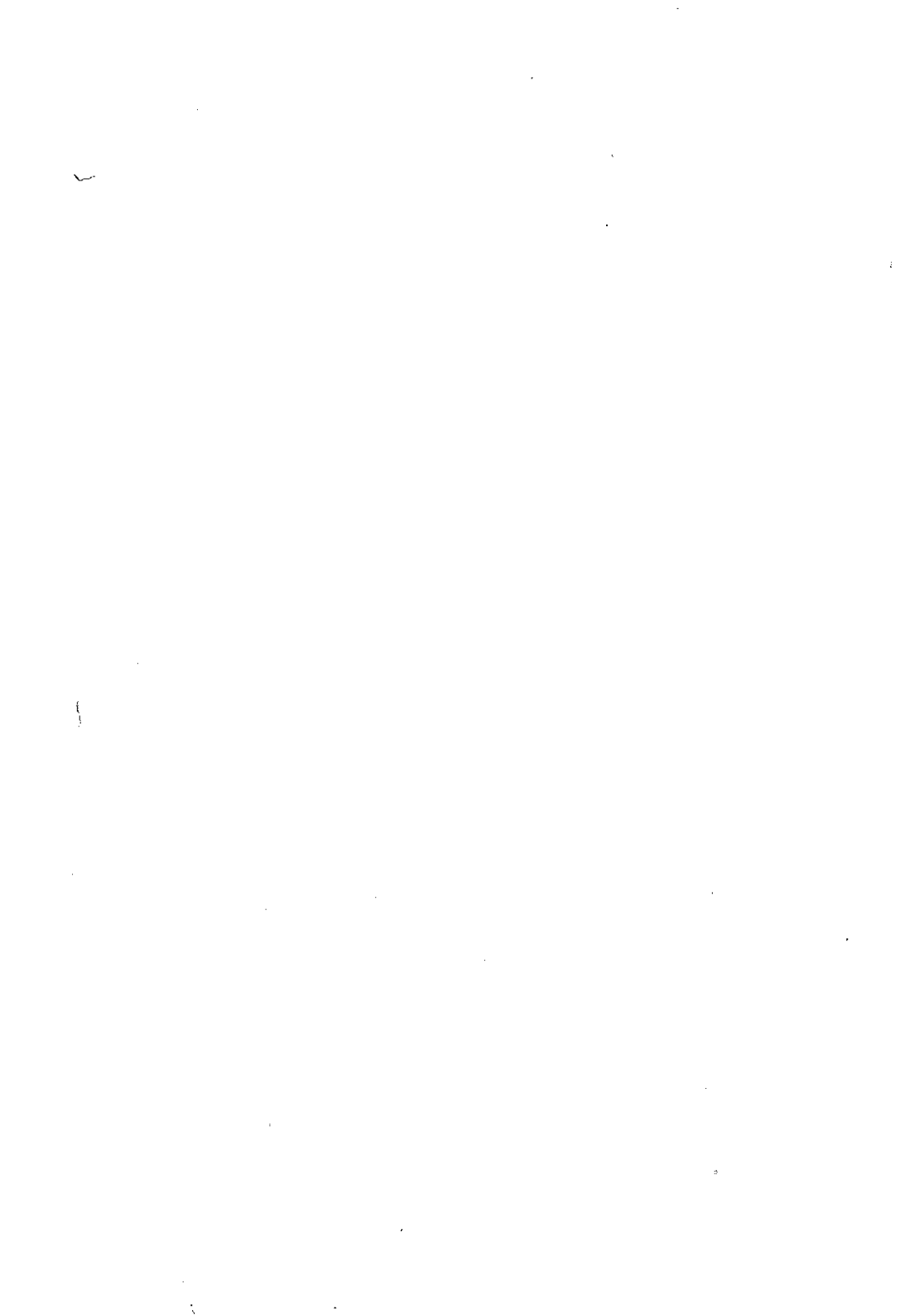




*Los bocetos de la primera parte de esta cuaderno son reproducciones de "DEGAS, DRAWINGS" publicado por Dover publications INC, New York, 1973.*

*Los dibujos iniciales de las antologías de "LAS BRASAS", "PALABRAS A LA OSCURIDAD", "AUNNO", "INSISTENCIAS EN LUZBEL" y los últimos SEIS POEMAS INEDITOS son trabajos del poeta JOSE HIERRO.*

*Los dibujos que acompañan la "Nota bibliográfica" fueron realizados por Carlos Burdiel.*



**I**  
**CON FRANCISCO BRINES**



## EXPERIENCIA DE UNA DESPEDIDA

por *Rafael Alfaro*

### *Algo de tu vida...*

Mi biografía exterior, que es la que se suele hacer pública, no creo que ayude mucho a la comprensión de mi obra poética; tal vez aporte algunos datos, pero no los más significativos. En este sentido, es una trayectoria vital paralela a otras, sin particular relevancia. La otra biografía, la interior, tan valiosa para mí, es la que ha posibilitado la expresión de mi poesía; pero ésta habrá que adivinarla en los versos, pues sólo es interesante para los demás en cuanto encarnada en ellos. Todo el resto es vida significativa para mí, y silencio para los demás.

He aquí alguno de esos datos externos. Nací en el extremo sur de la provincia de Valencia, cerca del mar, en Oliva. El año fue crucial para la historia del país: 1932. Ambas circunstancias, la geográfica y la histórica, imprimieron en mí carácter. A la primera estoy reconocido, pero a la segunda no la estimo precisamente como una ventura; los más significativos años de la vida transcurrirían después en un entorno nada favorable. Me considero un hombre de pasión y de cultura mediterráneas, y haber nacido en esa orilla lo reconozco como un don; aunque también pienso que hubiese amado cualquier otro lugar. Abrir los ojos a la emoción del mundo, venir a él inmortal e inocente, hace de cualquier lugar una bella predestinación. Pero, en fin, cuando después todo se va derrumbando, al menos ha quedado ese lugar de luz consoladora.

Yo viví el pueblo sólo en vacaciones, pues a los siete años fui internado en un colegio de jesuitas. La experiencia del campo unifica tres sentimientos: la belleza de la naturaleza, la libertad del cuerpo y el amor de los que me rodeaban. Pronto llegaron las primeras vicisitudes de mi experiencia interior. Puedo asegurar que nunca he vuelto a vivir con la intensidad de mi adolescencia; de ella salí con la fe rota,

y con el secreto de los primeros poemas.

Equivocadamente me licencié en Derecho, y lo hice en distintos lugares: Deusto, Valencia y Salamanca. Después cursé las especialidades de Historia y de Filología Románica en Madrid. He viajado esporádicamente, y he vivido un par de años en Oxford, donde fui lector en esa Universidad. No creo que tenga más datos externos que aportar.

—*Cómo empezaste a escribir poesía.*

—No recuerdo bien cómo se produjo en mí la llamada de la poesía. Fue en el colegio, y tenía yo catorce o quince años. Escribía los poemas, uno tras otro, en una libreta escolar; era una gran emoción muy secreta. Un día los descubrió mi compañero de banco en la clase de Literatura; aquel primer lector se solidarizó más con ellos que conmigo, e hizo que, venciendo mi timidez, los enseñase al profesor de la asignatura. La timidez, en este caso, estaba más que justificada, pues se trataba de un poeta de verdad, con libros publicados y de conocido prestigio. Creo que el padre Juan Bautista Bertrán se sorprendió al descubrir tal especie rara entre sus alumnos, pero creí percibir en él mayor benevolencia que entusiasmo. Enmudecí durante más de un año, y tras el deslumbrado descubrimiento de Juan Ramón Jiménez volví a la poesía. Noté en mí un profundo cambio; aquellos anteriores poemas escritos ya me parecían lo que eran, infames. Volví a mi profesor, y le enseñé los nuevos con cierto temblor. Tan entusiasta me pareció la respuesta que pude saber lo que la vez anterior había realmente pensado. A partir de entonces me entró una fiebre de leer y de escribir, y en su celda irrumpían, como un torrente, los fervorosos e inocentes poemas, y de allí regresaban con anotaciones, algunas enmiendas y hasta calificaciones. Así, pues, aquella mi primera poesía perdida nació del amor a la vida, que por aquel entonces ya me había dañado profundamente, y del inagotable impulso de la Segunda Antología Poética (que venía a sustituir, en mis preferencias, a Bécquer y a Rubén). Y aquella voz, todavía virginal e insegura, la iba encauzando, con singular paciencia, un poeta que la vida ponía mágicamente junto a mí. Hablo de magia porque quizás era entonces el único jesuita español con cualidad tan sospechosa y extraña en la Orden.

—*Te das a conocer con el premio Adonais.*

—Se sucedieron muchos años de escribir y guardar lo escrito, con intervalos de silencio. Me influían, como es natural, las lecturas, sobre todo al principio, y un día amanecía surrealista, y al otro puro.

La poesía iba transformándose en una necesidad profunda, vital, y a los veinte años tenía terminado un libro, *Dios hecho viento*, que reflejaba la profunda crisis religiosa que yo había vivido. La oración había enmudecido en mis labios y fue sustituida por las palabras de la poesía, que así me daban a conocer el momentáneo desvalimiento que aquella pérdida me ocasionaba. Todo un mundo había caído con estrépito, no sólo el religioso, y para sustituirlo sólo contaba con mi superviviente inocencia y el profundo instinto de la vida. Y un oficio, para mí sagrado, en el que todavía estaba iniciando el aprendizaje: la poesía. Por esa alta consideración que yo tenía de ella, no necesitaba para continuar escribiendo de otros estímulos externos. Sin embargo los había; contaba con dos amigos, que ahora lo son como entonces, que me leían y a los que leía, y con los que me comunicaba con el fervor exaltado con que a esa edad el espíritu se entrega: Vicente Puchol, escritor en quien confío plenamente, y Ricardo Defarges, poeta delicado y de una gran calidad. Después de mis estudios de Derecho en Salamanca, donde conocería a otro de mis mejores amigos, el ahora excelente crítico José Olivio Jiménez, entonces también estudiante, vine a Madrid. Aquí ensanché mis amistades literarias; primero, en la Universidad; después, fuera de ella. Di a conocer mis poemas a José Hierro, y su juicio me dejó muy confortado. Mi primera aparición pública fue en el Aula de Poesía que él dirigía en el Ateneo. Poco después me presentaba al Premio Adonais (más animado por los demás que por mí mismo) y tuve la suerte de que me lo concedieran. Era el año 1959. Ya entonces había conocido a Vicente Aleixandre, quien me ayudó en la ordenación del libro. Siempre tuve en él, desde el primer día, dispuestos y generosos el consejo y el afecto. Algo más tarde, después de asistir a sus clases de la Facultad, inicié mi amistad con Carlos Bousoño, de quien tanto he aprendido humana y poéticamente. Pienso en estos tres poetas mayores, y siento que mi fortuna, al conocerlos, no sólo ha sido literaria sino también humana; en ellos he aprendido no sólo a entender mejor la poesía, sino también la vida.

—Aparece *“Palabras a la oscuridad”* después de tu estancia en Inglaterra.

—En *“Palabras a la oscuridad”* hay una sección de poemas ingleses que marcan, de manera cierta, un cambio con respecto a mi libro anterior y a otros poemas del mismo libro escritos con anterioridad. Son poemas meditativos, de contextura conceptual, aunque siempre





es perceptible en ellos un intenso tono lírico. Debo decir ahora que, muchos años antes, yo había descubierto en una Antología masiva, de más de setenta nombres, a un desconocido poeta por el que me sentí enteramente deslumbrado, y que en mi devoción (y formación) literaria debo colocar junto a Juan Ramón Jiménez. Uno de esos escritores que nos enseñan también a desvelar nuestro propio mundo: Luis Cernuda. Perseguí su presencia, siempre precaria, en Antologías escasísimas. Bastante más tarde, en uno de mis viajes de Salamanca a Valencia, ocurrió el feliz encuentro. Fue en Madrid, en un secreto lugar, a ras del suelo, de una pequeña e íntima librería: Abril. El libro: *Como quien espera el alba*. Aquellas librerías (Abril o Clan, en Madrid; Rigal, en Valencia) tenían la emoción que ahora guardan las buenas librerías Antiquarias. Mayor aún, porque una primera edición de Cernuda, con respecto a otra de Lope o de Quevedo, conllevaba el conocimiento virginal del libro. La censura de aquellos años, desde el punto de vista intelectual, es ya el hecho más vergonzoso y grotesco de nuestro maltrecho siglo. El libro pasó de mano en mano de mis mejores amigos, y prendió en ellos la misma llama de entusiasmo. De esta semilla, mucho más tarde (en 1962), surgiría en Valencia el número homenaje de *La caña gris*, que tanta satisfacción produjo al poeta, y que resultó una de las escasísimas muestras de adhesión que en vida le llegaron. El animador de la revista, mi jovencísimo amigo Jacobo Muñoz, dio entonces por terminada la vida de la publicación, identificándola así con este justo y hermoso homenaje. Cernuda, el maestro de la segunda generación de posguerra, alcanzaba de este modo el público homenaje que ésta le debía. Colaboramos allí, entre los jóvenes poetas, José Angel Valente, Gil de Biedma y yo. Y entre los jóvenes críticos: José Olivio Jiménez, Castellet y Jacobo Muñoz. Entre otros nombres mayores, afectos todos al poeta sevillano.

—¿Cuál ha sido la evolución de tu poesía?

—No he dejado nunca de escribir; lo hago espaciadamente, pero con continuidad. Los textos reflejan unas constantes, de tal manera que yo diría que siempre estoy escribiendo un mismo libro. En algún lugar desvelé la semejante significación de los títulos de mis obras. *Las brasas*: lo que arde sin llamas, en proceso de extinción (es el libro más lírico y sensorial de todos). *Palabras a la oscuridad*: las palabras que, expresando al hombre que es el poeta, viven apagándose, borrándose (será ahora el concepto el eje director del nuevo libro). *Aún no*: la más débil afirmación que puede haber; lo que es, con conciencia de

la pérdida inmediata de su ser (el tono es, ahora, más seco y definitorio). Se pueden considerar los tres títulos como metáforas o significaciones de una misma visión. Idéntica visión del mundo en lo esencial, acomodándose a un proceso de interiorización, por un lado, con el consiguiente desvelamiento de las claves existenciales que impulsan esta poesía; y de enriquecimiento temático y formal, por otro. Se trata de una poesía que considera lo más importante comunicar una emoción espiritual, vivida desde la experiencia, y que puede ser de conocimiento o de pasión. Así, pues, esa incommovible visión del mundo se va adaptando a mi evolución humana, y ha producido tres libros que, con el debido distanciamiento, se perciben como distintos. *Las brasas* dio una de las notas más acusadas de intimismo en la poesía de aquel momento, mucho mayor por el contraste con la que entonces dominaba; era un libro corto, y los poemas respondían a una idéntica visión sintética del transcurso de la vida. *Palabras a la oscuridad* es un libro muy extenso, y en los poemas hay un tratamiento analítico de aquella misma visión. El conjunto es muy variado. *Aún no* es el libro del que ahora me siento más cerca, y mi visión del mundo está allí expresada con la mayor economía expresiva e intensidad logradas por mí. Al publicar recientemente todo el conjunto lo he titulado *Ensayo de una despedida*, con lo que vuelvo a insistir en la significación esencial. Se trata, por un lado, de la despedida de la vida, concepto que se nos hace presente cuando, ya muy pronto, tomamos conciencia de nuestro destino mortal. Por otro, esta despedida es también la conciencia de las sucesivas pérdidas en que consiste el vivir. Asistimos a un empobrecimiento sin pausa desde la adolescencia a la vejez. Empezamos por perder la inmortalidad, y después la inocencia. Es decir, dejamos de ser dioses y nos convertimos en culpables. Después de esas dos pérdidas, que califican al hombre en una inferior naturaleza, las pequeñas e innumerables que se suceden.

Al evidente enriquecimiento expresivo y temático que representaba *Palabras a la oscuridad* se añade en *Aún no* la aparición del género satírico en una sección titulada *Composiciones de lugar*. Surge con coherencia en mi general cosmovisión, pues ante una vida que absurdamente desemboca en el más negador de los vacíos, la mirada descubre en la sociedad humana organizada unos principios que son, o se imponen, de un modo también absurdo y, por ello, grotesco. Con esto hago referencia a las dos vertientes éticas de mi poesía: una deriva de mi particular interpretación de la realidad y se trataría de una ética de raíz metafísica, de claro espíritu estoico, de acepta-

ción de la vida en su precariedad y fracaso último: aceptación del vacío final; amor a la vida, a pesar de su frustración. Otra vertiente es la del hombre histórico, y es una visión sarcástica de la sociedad, precisamente porque al poeta la sociedad le importa. Están escritos desde el escepticismo y el descreimiento de una moral; y, paradójicamente, desde la tolerancia. Frente a las normas de una sociedad frecuentemente hipócrita, el compromiso con la verdad de nuestra propia naturaleza. Algunos críticos han sacado a relucir a Catulo, Juvenal o Marcial, y no extraña advertir que son épocas paralelas, de estrepitoso derrumbe de valores. En estos poemas la expresión se barroquiza, se hace conceptista, y contrasta con la evolución de despojamiento de mi restante poesía. Hay un vago paralelismo con otra sociedad en crisis, aunque no tan acusada: la española del siglo XVII, y en la que abundó también la poesía satírica. Mas el signo general de mi poesía es elegíaco o, lo que es lo mismo, de profundo amor a la vida.

RAFAEL ALFARO: *Una llamada al Misterio: Cuatro poetas, hoy*. Barcelona, Ediciones Don Bosco, 1975.



## CON FRANCISCO BRINES

Por H. Alvarado Tenorio

H. A. T.—*Una de las características de su poesía es que está considerada como narrativa...*

F. B.—Mi poesía narrativa tiene dos vertientes: la biográfica y la histórica. El poema que mejor resume la primera manera es "Relato Superviviente", en el que la narración se va haciendo sobre algunos hechos de mi vida, rastreados en la memoria. El poema, como ocurre con el recuerdo, se presenta con inconexión, pero el resultado querrá entregarnos el sentido o el conocimiento de esa vida.

Paradójicamente, la poesía escrita sobre oscuros sucesos históricos, en los que la ficción incide con fuerza decisiva, la narración fluye con una mayor lógica. Así sucede en los tres poemas de "Materia Narrativa Inexacta". Estos poemas me han servido para proyectar, con objetividad y distanciamiento, obsesiones poéticas personales. En "El Santo Inocente" me planteo el problema del azar del destino humano, a la vez que me confirmo en la debilidad e irresponsabilidad última del hombre. "La república de Platón" trata de la posibilidad natural de un homoerotismo íntegro en el hombre viril, junto al fracaso final de las normas que quieren conducir al hombre a la felicidad. En "La muerte de Sócrates" expuse una posición política personal, enmascarada en un suceso de la Grecia clásica, pero aquéllo no fue advertido y debió interesar poco, porque era una posición conflictiva de ambigüedad y estaba escrito el poema desde un gran escepticismo moral. Las condiciones sociopolíticas de España parecían exigir unas posiciones más tajantes, aunque tantas veces pecasen de falsedad o de simplismo. Este poema me lo comentó con gran calor, estando inédito, el poeta nicaragüense Carlos Martínez Rivas. No hubo entonces otra excepción.

H. A. T.—*Usted no escribió poemas “políticos” o “sociales”...*

F. B.—Estimo peligroso para la poesía instrumentarla, haciéndola vehículo de posiciones políticas definidas; corre el gran peligro de la obviada, pues casi siempre en ella el mensaje es previo al poema. No diré que no se pueda hacer buena poesía política, y la hay, pero sí afirmo que casi toda la que conozco tiene para mí escaso interés, y yo me considero un lector sin prejuicios. También es verdad que esta clase de poesía es la que goza de más lectores; pero pienso que si la mayoría de estos lectores no se interesan por la buena poesía no política, es que verdaderamente no les interesa tampoco la primera como tal poesía.

Pocas satisfacciones he recibido de ella como lector, y como poeta ño he tenido la necesidad de escribirla. A pesar de lo dicho me parece gran poesía, en esta línea, algunos poemas de Vallejo, por poner uno de los escasos ejemplos evidentes. Creo que en España la llamada poesía “social” ha sido poéticamente muy poco relevante, a pesar de que sus contenidos eran mayoritariamente asentibles. Por eso último tuvo gran importancia histórica; su incidencia en la universidad fue considerable, y creo, contra lo que algunos de sus principales protagonistas llegaron a decir llevados por el desaliento, que cumplió una tarea de concienciación. Su mayor importancia ha sido, pues, ancilar. Sé que esta manera de pensar la considerarán algunos criticable, pero tú me preguntas por la poesía. También un himno militar puede en un determinado momento emocionar hondamente a la gente, y nada digamos de lo que sucede con los himnos nacionales, pero no cabe hablar, en tales casos, de emoción musical, con un mínimo de exigencia. El asentimiento, tanto a la página poética como en la musical, debe ser dado sólo por la incitación estética de los textos, al margen de nuestras particulares y previas creencias. De ahí que San Juan de la Cruz, Baudelaire o Neruda, puedan ser gustados con la misma intensidad por una misma persona, sin necesidad de precisar, al decir ésto, que esta persona tenga creencias católicas, o comunistas, o sea de costumbres marginales; e incluso pudiera ocurrir que prefiera al no correligionario, si es que su independiente gusto poético así lo exige. En esto estriba la honestidad exigible al buen lector.

H. A. T.—*¿Qué relación encuentra en su poesía entre literatura y realidad?*

F. B.—Todo en la literatura es terreno de la realidad. La fijación por la palabra, aún del modo vibrátil y huidizo, y aún hermético, con que ocurre a veces, es por sí misma invención de realidad. Y no puede ser de otra manera, ya que el hombre sólo puede actuar desde ella,

y sólo a ella dirigirse. A los artistas se les llama justamente creadores, siempre que rebajemos el término al nivel que le corresponde; es ridículo pretender simular una "divinización", como a veces ha ocurrido, ya que el hombre sólo puede crear desde lo creado. Carlos Bousoño lo acaba de formular con la máxima lucidez en su excelente libro "*El irracionalismo poético*": la poesía no empieza donde acaba la realidad, la poesía nunca es irreal; el verdadero arte, aún el más irracional, nos comunica siempre una emoción, y toda emoción implica obligadamente una interpretación del mundo.

Yo parto en mi poesía de la persona que soy, y de lo que la rodea, y trato de conocer por medio de la escritura una realidad que existe y que aún no sé. Unas veces, para escribir el poema, hago pie en una experiencia determinada, cuyo último sentido se me revelará en la escritura, y por el que me llegará un conocimiento, una profundización en lo incógnito. En otras ocasiones la realidad de la que parto será una emoción oscura, informulada, que me urgirá a su develamiento, a la claridad de la palabra, y es posible que ello me obligue a servirme de una anécdota en principio poco relevante y con la que no contaba previamente. Otras veces se pretende la difícil hazaña de hacer pervivir espectralmente lo temporal, la dicha o el dolor de un determinado momento; es el afán fracasado de sobrevivirnos precariamente a nosotros mismos, de salvar la emoción de la vida. Muy rara vez la realidad de la que parto, ya sea experiencia o emoción, es de índole exultante, de felicidad o de alegría. Soy un poeta, y lo excepcional es encontrar lo opuesto, que parte del dolor o de la melancolía, o de la queja que le concierne al hombre. O del asombro expectante. Y canta el mundo como un bien que se nos habrá de quitar. Más que cántico hay elegía. Nada excepcional en cuanto al punto de partida, puesto que la mayoría de los poetas asumen más la tristeza que la alegría humana. Quizás porque cuando se da ésta, desechan muy cuerdamente las palabras y se dedican a vivirla con toda intensidad.

H. A. T.—¿Son sus poemas eróticos "reflejos" de sus experiencias?

F. B.—Si contemplo los dos planos eróticos, el expresado en mi poesía y el de mi propia vida, advierto que no es totalmente el reflejo del cuerpo en el espejo. Ciertamente ésto se produce en ocasiones, pero en otras muchas el componente erótico adopta un valor simbólico que surge en correspondencia con mi cosmovisión profunda. Yo vivo el erotismo, no hablo ahora exactamente del amor, con la intensidad del tiempo que quemamos gozándolo; es la apropiación del pre-

sente en su estado más puro, sin conciencia del pasado ni del futuro, y, sin embargo, en muchos de mis poemas el acto sexual se me transforma en un espectro metafísico. Quiere esto decir que el poeta no es un notario de la vida, ni aún cuando hace poesía biográfica, sino desvelador de un conocimiento profundo de su esencia humana. Es el poeta el primer lector del poema, y también el más sorprendido por sus resultados, pues aunque muchas veces parte de unas premisas externas, sabidas, le son fatalmente engañosas, ya que siempre existe el encuentro de un descubrimiento imprevisible.

El componente erótico ha ido creciendo en mis sucesivos libros y, sin entrar en pormenorizadas disquisiciones, advierto que, en función de mi visión de la vida como engaño, el acto más intenso del hombre, tanto por su capacidad de generar la pasión más ciega como también de originar la vida humana, se transforma en símbolo. Si atendemos a la pasión se transforma en símbolo de la carencia última, es el ardor apagado, en consonancia con la vida a extinguir; si atendemos al acto como originador de la vida, en consonancia con esa sucesión de extinciones que es la humanidad, se transforma en acto de supresión. Por otra parte, la búsqueda erótica de la juventud no es sólo la búsqueda de la belleza, y la apaciguación del esplendor del instinto, sino la búsqueda de mi propia vida, el intento frustrado de lograr el encuentro con mi propia juventud. Es el deseo, en vida, de una primera resurrección.

H. A. T.—*¿Qué vigencia encuentra usted en la poesía de Cernuda y la de Kavafis?*

F. B.—La fuerte presencia de estos dos grandes poetas en la poesía de nuestro tiempo tiene un importante punto de apoyo, aparte de su excelsa calidad y por otras muy importantes características, en el peculiar erotismo que informa sus obras. El hecho de que desvelasen en ellas, con franqueza y verdad inusuales, su condición homosexual, ha ayudado, en importante medida, a la estimación obtenida. En cuanto que sus poesías son profundamente confesionales, y quieren testimoniar la experiencia profunda de la vida, la franca expresión de un impulso y de unos hábitos totalmente inaceptables para la sociedad de su tiempo, los valoraba, de cara a una minoría cada vez más crecida, como paradigma de una poesía de ruptura. No olvidemos que la homosexualidad ha sido el tabú más incommovible y escarnecido por la sociedad. Y, probablemente, lo es aún en gran medida. Estos poetas no sólo la defendían, sino que llegaban a la exaltación de la misma, apoyados en la mágica calidad de sus versos. Esta posición significaba un ataque frontal al centro más sensible de la



moral convenida, y de ahí la importancia tan relevante de los mismos; se transforman en símbolos de la oposición a una moral históricamente caduca y, por ello, especialmente injusta.

He tenido ocasión últimamente de observar un hecho muy curioso, que viene a ratificar lo dicho. En la obra de algunos poetas más jóvenes, y con gran sorpresa por mi parte, leo poemas escritos en primera persona en donde el protagonista poemático adopta una posición homosexual, y me consta que tales poetas no lo son personalmente. Esto indica lo que el homoerotismo tiene de revulsivo moral para gran parte de la juventud, y la atracción que logra como signo de libertad. He hablado de Kavafis y de Cernuda en su incidencia erótica, pero no es ése todo el valor, y con seguridad tampoco el principal, en sus respectivas obras. Muy pocos poetas han dado la emoción temporal con la intensidad lograda por ellos, y para ésto se han servido admirablemente del componente biográfico. Se presentan en sus versos ante nosotros con la misma fatalidad y necesidad de las personas que la vida hace que se encuentren con las nuestras.

H. A. TENORIO: *La Poesía Española Contemporánea: Cinco Poetas de la Generación del 50*. Bogotá, Edit. Oveja Negra, 1978. Publicada, con variantes, en "Suplemento del Caribe", Barranquilla, 17, de diciembre de 1978.

1878

petit, robuste, maigre  
à 20 ans 5'4 1/2  
large nez, cheveux noirs, yeux  
noirs, peau blonde

de complexion blanche  
haut le nez, yeux, etc. etc.  
couvert de poils fins de  
la tête, etc. etc.  
deux



Melina, Dada  
15 ans.  
Dessiné à la gouache.  
Degas Dec. 78

1878

## ENTREVISTA A FRANCISCO BRINES

por Isabel Burdiel

1.—*Tu producción poética se ha incluido en la llamada "Generación de los 50" o "Segunda Generación de la post-guerra". También se le ha llamado "Grupo del 50". Conocemos el estudio que, dentro de este marco generacional, hace Carlos Bousoño de tu obra en el prólogo a la publicación de tu poesía completa hasta el 74: "Ensayo de una despedida" (Barcelona, Plaza y Janés, 1974). Nos interesa ahora tu valoración del grupo y, especialmente, cuál sería, desde tu óptica personal, tu posición y originalidad propia dentro de él.*

Quizás habría que distinguir entre el grupo y la generación; yo nunca me sentí integrado en grupo alguno, aunque sí se me presenta clara mi identidad generacional. En la pertenencia al primero actúa la voluntad; en el segundo, digamos que la fatalidad. El grupo, como tal, existió durante un tiempo. Su núcleo hay que buscarlo en Barcelona, en la convivencia literaria y humana de unos poetas amigos. Un par de anécdotas quizás aclaren mi posición al respecto.

En el Ateneo de Madrid, en 1959, dieron una lectura conjunta Gil de Biedma, Barral y J. A. Goytisolo. Fue bastante sonada, y no falta de momentos divertidos. El Aula de Poesía la dirigía Pepe Hierro, y si se atiende a las sencillas costumbres que allí se seguían una trinidad lectora era absolutamente insólita. No cabía duda de que era un jueves de gala, y así lo señalaba el que hubiera presentador, y el lujo llevaba el nombre de Bousoño. Aquí empezaron las sorpresas, porque Carlos no había leído previamente los textos, y hablaba con referencia a los libros y poemas que conocía de ellos con anterioridad. Creo recordar que se congratuló al anunciarnos una poesía nueva, con influencias de la poesía inglesa, de radical ruptura con respecto a la poesía realista (la usual entonces era la fatigadísima poesía social), y también de una recuperación del individualismo y de la

imaginación. El acto tomó inmediatamente unos derroteros, por contraste con las palabras del presentador, casi cómicos, pues la lectura vino a resultar una triple proclamación de unas comunes pretensiones cívicas. Por tratarse de una audición, y por falta también de una perspectiva de tiempo, y sobre todo por la flagrante contradicción con las palabras prologales, aquello casi parecía una puesta al día de la poesía "social". Después, con los libros en la mano, se veía la importante diferencia. Es curioso ahora percibir que ese brusco cambio de timón entre unos primeros libros y los que luego siguieron, se dio también en otros poetas de la generación; la situación política, al imponer unas determinadas urgencias, influyó en las originales trayectorias poéticas, rectificándolas.

Pero volvamos al acto. El auditorio, en buena parte formado por la poesía social mesetaria, sufría alucinaciones cuando veía a sus compañeros catalanes besar las manos de algunas féminas, fumar con estudiada elegancia unos largos cigarrillos, o sacar de vez en vez el pañuelo de la bocamanga de la chaqueta. Para algunos parecía percibirse una cierta voluntad provocadora, e incluso llegaron a sentirse ofendidos, y no voy a repetir ahora alguno de los comentarios. Y, sin embargo, en aquel espectáculo, sin buscarle torcidas intenciones, o sospechar en él insolencia, estaba de alguna manera la verdad de aquella poesía, no su falsedad, como allí tantos creyeron. Escribían una poesía crítica de la burguesía, desde la clase a la que pertenecían, y lo hacían partiendo de sus contradicciones; es decir, desde su peculiar autenticidad. Una poesía escrita, en buena parte, desde la propia biografía, la ironía y un sentimiento muy concreto de frustración. Eran jóvenes burgueses con mala conciencia, y esa situación vital yo la entendía bien. Más que la crítica directamente política les interesaba la acusación de su propia clase.

Creo que la de esta generación, con alguna muy contada excepción anterior, es la única poesía social válida de la posguerra. Esta poesía cívica, que en la mayoría de los casos no es lo mejor de sus respectivas obras, es la que dio la identidad al grupo. Para ello contaron muy pronto con una colección, de nombre muy significativo, *Collioure*, y fue éste el medio de que se valieron para darse a conocer eficazmente y con gran amplitud. Junto a los catalanes, incluido Costafreda, publican allí, entre otros, Valente, Angel González y Caballero Bonald. Este fue el órgano propulsor del grupo, y en él se advierte un tono que, con todos los matices y diferencias que se quieran, les cohesionaba. Tanto es así que, en lo que a mí se refiere, me sentí forzado a adoptar una decisión muy personal.

Y aquí viene la segunda anécdota. Cuando yo conocí a Jaime Gil, éste me ofreció amistosamente la colección para que publicara en ella; yo estaba escribiendo entonces los poemas de *Palabras a la oscuridad*, y aunque para mi proyección literaria la colección me favorecía grandemente, no pude acceder. Mi poesía quedaba con claridad fuera del contexto de la colección, y comentando con Claudio Rodríguez la decisión tomada, éste vino a enterarme de que él había tenido la misma propuesta, y había llegado al mismo resultado por las mismas razones. Pasado el tiempo, y desarrolladas las respectivas obras, cambia el panorama. Ya no existe el grupo, aunque se evidencia la generación. Y ahora quizá podrían percibirse ciertas afinidades más cercanas entre mi poesía y la de alguno de ellos, que las que, en general, bastantes mantienen entre sí.

Pienso que de las generaciones de posguerra es ésta la que ofrece un mayor equilibrio, y puede presentar algunas de las trayectorias más intensas e individualizadas de la poesía de nuestro tiempo. Mi posición en ella no sé qué significación o validez alcanza, presumiendo que la tenga, pero yo soy el que está en la menos conveniente de las perspectivas, por varias razones, para hablar de ello.

2.—*En tu conversación con Rafael Alfaro hablas de tu amistad, iniciada a mediados de los 50, con José Hierro y Vicente Aleixandre. Nos gustaría que nos hablases un poco más de la importancia que esta amistad con dos poetas tan distintos tuvo para ti en aquellos años.*

Antes te decía que yo no me sentí nunca integrado en ningún grupo poético, y es verdad, pero sí ha existido una íntima y constante convivencia con un pequeño número de personas, en la que los poetas eran los más. Muy pocos eran de mi propia generación, como Claudio Rodríguez y Ricardo Defarges; pero ahí estaban, como si fuésemos los mismos años, Vicente Aleixandre, Hierro o Bousño. El encuentro no era sólo personal, sino también del entorno vital y más íntimo que cada uno protagonizaba. Eso hacía que se multiplicasen y variasen las personas. Otra feliz permanencia ha sido la de José Olivio Jiménez. O la de Vicente Puchol. Hay otros nombres, más intermitentes: Paco Nieva, Juan Luis Panero, Angélica Bécker, y un etcétera que alargaría esto demasiado. Como es natural, el círculo se ha extendido hacia otros poetas más jóvenes, que he conocido después. Ese es mi grupo, el que me ha ido ofreciendo el azar de la vida, y sobre el que he ejercido mi elección. Creo que es aquí donde he sentido más afortunada mi vida; en nada he sido tan rico, y nada

me ha defraudado menos, aunque siempre cumple la excepción.

Es una compañía en la que también se habla de literatura, pero en la que no se echa nunca de menos que surja ésta en la conversación. Por ejemplo, y volviendo a los nombrados, Vicente Aleixandre es mi propia memoria, y puede recordarme con todo detalle menudencias de mi vida, de esas que se comunican al amigo porque se acaban de vivir, no porque importen; si me las precisa al cabo del tiempo es porque se recibieron con el entrañable interés que prestamos a los que de verdad queremos. De una manera cierta, la vida de nuestros amigos es también nuestra vida. En un reciente homenaje que se le dedicó en Insula escribí, con algún detalle, lo que para mí ha significado su amistad.

Hierro me ha dado, entre otras cosas, el gran ejemplo de su dignidad humana; siempre he pensado que si la vida me ponía en determinadas situaciones tendría la experiencia que me daba su conocimiento. Y todo sería mejor. Esto lo he pensado muchas veces. Es de esas pocas personas que, por el hecho de haberlas conocido, hacen que la vida nos dé una imagen más noble de sí misma.

Naturalmente he aprendido mucho de ellos en el terreno de la poesía, y me he sentido siempre alentado y ayudado, pero creo que la balanza se desequilibra con mucho mayor peso todavía en el platillo del entendimiento y el gozo de vivir.

*3.—Respecto a tu relación poética con Cernuda y Kavafis, de la que hablas con H. A. Tenorio, ¿aceptas una deuda literaria consciente con ellos o se trata, más bien, de una participación de la misma postura vital y poética?*

Existimos en el mundo; y son los demás los que nos hacen en mayor medida, aunque vivamos en nuestra propia respiración. La tradición es una imposición del vivir, y lo mejor que podemos hacer es, buscándola, transformarla en devoción. Podríamos decir: puesto que la tradición es una fatalidad, elijámosla. Así, pues, no sólo acepto la posibilidad de deudas literarias con Cernuda y Kavafis, sino que desearía que las hubiera. Si a veces reflejamos gestos, palabras, de los que queremos, o aprendemos de alguna manera a mirar y a oír como lo hacen ellos, está bien que reflejemos al escribir a los que tanta emoción nos regalaron en su lectura. El único problema es que en el resultado seamos siempre nosotros, que su carne sea ya la nuestra. La acción será sólo válida si lejos de imprecisar nuestra personalidad la enriquece, haciéndola más robusta.

Toda reserva es poca al hablar de influencias. Yo siempre creí

que los rastros de Juan Ramón en mí serían evidentes y poderosos, y para siempre, pues en él eduqué mi sensibilidad adolescente con enamoramiento casi enfermizo. Se diría que esas huellas quedaron impresas en la arena, pues nadie las ha señalado en mi obra. Y hay otras ocasiones en que parece que nos han influido poetas que ni siquiera conocíamos. Y no hay misterio en ello: existen las coincidencias, o las influencias indirectas. Y están también las afinidades; hay cercanías de mundos artísticos que vienen dadas por similitudes de tipo humano: biológicas, psicológicas, sociales, etc. Por regla general, nos llegan las influencias que ya, de antemano, nos pertenecían.

A veces se producen casos curiosos. Me mandó un día su último libro un poeta conocido y, al leerlo, me encontré con un poema que había sido escrito en función de un texto mío, y en desacuerdo con él. La cosa era tácita, pero evidente. Cuando coincidí con su autor, le pregunté con curiosidad si era cierta mi impresión. Me miró entre irónico y sorprendido, puesto que, según él, mi poema había sido escrito, sin duda, en respuesta de uno suyo anterior. Esta vez el sorprendido fui yo, y le pedí que me indicara a qué poema se refería. Al regresar a casa busqué su viejo poema que, aunque olvidado, había sido leído por mí en su momento, y que ciertamente podía dar pie al equívoco: Al ver la fecha de impresión comprobé que era anterior a la publicación de mi poema, pero, desde luego, posterior a la escritura del mismo. Ni siquiera podía tratarse, pues, de una referencia inconsciente. Ya ves, los poemas que son siempre verdad (el requisito es simple: su verdad es su calidad), pueden nacer de una mentira: por ejemplo, de unos infundados celos amorosos o, como en este caso, de un simple equívoco.

En el caso de mi relación con Cernuda y Kavafis hay posturas vitales cercanas, y creo que, en algunos poemas míos, he aprendido conscientemente de ellos a situar en el texto al hombre que yo soy. Esto mismo me ha interesado enormemente en Catulo. Al lector se le comunica una confidencia personal y, por lo íntima, amistosa, y en la que no aparece velo o reserva. Hay una entrega directa de la vida, en su intensidad más cotidiana, y en ella nos sentimos vivir reflejados. Tanto Catulo, como Kavafis, son poetas de una erótica urbana y marginal, y esta experiencia también me corresponde.

*4.—Dentro de tu concepción de la literatura, qué valor y qué lugar das a la crítica y a la teoría literarias. Cuál es tu valoración de ambas en el momento actual y qué lugar ocupa, a tu juicio, la obra en este sentido de tu gran amigo Carlos Bousoño.*

Ciertamente es tan buen amigo que casi da vergüenza hablar públicamente con el elogio que su obra merece. Bousoño es un excelente crítico, pero su campo fundamental es el de la teoría. Como teórico de la literatura no creo que en el ámbito de nuestra lengua se pueda encontrar una obra tan amplia y coherente, ni tan profunda. En él coexisten, a niveles de rara altura, el intuitivo y el analítico, y tiene la suerte de poseer, además, la sensibilidad del gran poeta. Sus aportaciones adolecen, sin embargo, de un defecto: están escritas en español. Esto, situándonos en el campo del pensamiento, y como nadie se lo cree, es como hablar de un huerto de naranjos en Siberia. Si de fuera no nos dicen lo que representa esta obra, ya me dirás por qué lo vamos a ver nosotros. Sólo un ejemplo: Leo Spitzer descubrió un procedimiento al que denominó *enumeración caótica*; para qué recordar la excepcional fortuna que tal invento ha tenido entre nosotros. En este campo de la Preceptiva, Carlos Bousoño ha llevado a cabo una verdadera revolución, quizá la única que ha tenido lugar desde la época clásica; pues bien, algunos prefieren seguir caóticamente atónitos con el singularísimo procedimiento del alemán. Ya sé que la situación ha cambiado mucho, y que he simplificado hasta la caricatura; pero los que tienen más obligación de enterarse no parece que estén muy despiertos. En estos días, el Departamento de Literatura de la Universidad Complutense acaba de denegar, por ocho votos a seis, la proposición hecha para que Bousoño pudiera ocupar allí una cátedra. Estos mismos son los que, con toda seguridad, se rasgan las vestiduras cada vez que exponen las injusticias y mezquindades que hubieron de sufrir por parte de sus malvados contemporáneos los escritores en ese día estudiados. Narrar con minucia esas anécdotas suele dejarles muy satisfechos, porque es entonces cuando tienen la ocasión de reconocer en sí mismos la gran altura moral de que son portadores.

La crítica de Bousoño tiene poco que ver con la que sufrimos y, sólo algunas veces, gozamos. Hay pocos críticos que interesen de verdad, y gran parte de las reseñas que padecemos son intercambiables. La vida literaria española es un patio de vecindad, en el que todos conocen a todos: directamente, o de oídas. Y ya me dirás que tiene que hacer ahí la objetividad; y si encima los poetas compensan su falta de pecunio con generosas cantidades de susceptibilidad, pues a oír elogios, sin enterarnos de qué va el libro.

Y la crítica, me refiero ahora a la de periódicos y revistas, es muy importante. Es, por lo general, el mejor medio para que el lector común eduque el gusto, adquiera necesidades estéticas, y sea bien orientado en ellas. Es la verdadera educación cultural del ciudadano



medio. La crítica de poesía puede ser de mil maneras, pero no puede fallar una condición: el que la escribe ha de ser un lector inteligente de poesía, y esto reflejarse allí. Entonces interesará lo que diga. Y siempre será válido. Las teorías estéticas neoclásicas o románticas poco nos interesan vitalmente; sin embargo, hay críticas escritas desde tales estéticas que pueden interesarnos hoy enormemente, y es que fueron y siguen siendo inteligentes.

La crítica que podemos hallar en libros es generalmente mejor, y a veces de gran calidad. Bastará poner el ejemplo de Paz en la ensayística, o en la académica a Amado Alonso. Por referirnos a un ejemplo de crítica que puede recogerse en libro, después de ser presentada en revista, y que resalta por su rigor y conocimiento, valga el nombre de José Olivio Jiménez.

5.—*Nos interesa ahora la trayectoria personal y poética de Francisco Brines, la relación entre el poeta y su obra, entre su trayectoria vital y su trayectoria de creación literaria.*

La poesía no es un espejo, sino un desvelamiento. En ella nos hacemos a nosotros mismos; no buscamos allí reconocernos sino conocernos. Ponemos ante el espejo nuestra persona, somos en él los confidentes de nuestra propia vida, y recogemos la presencia de un extraño que nos borra, y nos suplanta, desde su mentira, con más verdad que la nuestra.

Yo siempre me he sentido instalado en una discreta marginación, desde una adolescencia que fue, a la vez, feliz e infeliz. Esto aclara muchas de mis actitudes vitales y poéticas. Es en ella donde me siento a gusto, y, por lo tanto, la procuro. Detesto la marginación exhibida, como si se tratase de un mérito alcanzado, que llega incluso a justificar la vanidad. Me gusta que la vida sea vivida desde la sencillez: así debería ser la belleza, la inteligencia, la santidad, la misma maldad, e incluso la estupidez. Tengo curiosidad por bastantes cosas, pero, de verdad, me interesan muy pocas. Una de ellas es la poesía creada que, para mí, es otra manera válida de seguir instalado en la marginación. Una de las cualidades que acompañan a la marginación es que, al caer menos en el convencionalismo y la rutina, en ella se puede encontrar más veces la sorpresa y la intensidad.

La poesía se hace desde la vida, y se la ofrecemos entera; pero aquélla nos sorprende en su elección. A veces rechaza lo que consideramos como más importante, y se ahínca en algo minúsculo. Da entonces la impresión de ser ciega y sorda; pero siempre resulta clarividente. Para justificarse en ella de poco vale el oficio aprendido, el



Miguel

cultivo indesmayado de la sensibilidad, el constante ejercicio de la voluntad: cualquier día puede abrir la puerta y, sin mirarte siquiera, dejarte en el más definitivo de los abandonos. Y la vida, sin embargo, puede seguir como hasta entonces.

6.—*Desde esta postura personal y poética, dos preguntas: Qué has encontrado y qué esperabas encontrar en tu plena dedicación al trabajo cultural.*

*Y, por otro lado, cómo planteas tu relación con la llamada "vida literaria" que parece que, en algunos casos, puede llegar a condicionar la misma creación individual.*

Si he creído en la cultura es porque he esperado de ella mi potenciación humana, a muy distintos niveles. En este sentido no me ha defraudado, si bien yo he podido fallar más de lo debido. Gracias a ella he podido gustar de una manera más intensa la vida, he encontrado unos valores distintos, me ha ayudado a construir una ética desde mi persona, me ha ayudado a estimar en la soledad no la posibilidad del vacío, sino la plenitud, y tantas cosas que podría añadir. Como ves, me ha ayudado a encontrar una manera de vivir, que no era la dada, y que me ha servido, porque no me constreñía, y eso no es poco. Lograr acomodarnos a la vida algo mejor de como nos habían condenado, es un logro que para mí la justifica. Por un tiempo creí también que dirigiría mi persona en una progresión de mejoramiento, pero ya hace mucho tiempo que desistí de ello. Esto sería valorar excesivamente la cultura, pues hay personas que no damos para tanto. Al menos me ha ayudado a aceptar mis abundantes deficiencias, sin llegar a creer que son virtudes por el hecho de ser mías. Cada vez veo más claro que hay menos motivos de satisfacción de mí mismo, pero quizá, como compensación a tanta luz, disminuyen los remordimientos. Creo, y esto sí es un gran resultado, que cada vez soy más tolerante. Al mismo tiempo, soy cada vez más escéptico con respecto a toda codificación de la cultura.

Y en lo que hace referencia a la vida literaria, encierra en sí misma el espectáculo múltiple de la fauna humana. Yo paso bastante de lo que se llama "vida literaria", aunque tampoco la rehúyo sistemáticamente, porque está ahí; hay veces que vale la pena. Es emocionante ver con qué ilusión, honestidad, y esfuerzo desinteresado unos jóvenes mantienen una revista o una colección, y eso también entra dentro de lo que se llama "vida literaria". Siempre te permite, además, conocer personas, y éstas como tal pueden ser muy valiosas. Pero la creación no hay que identificarla nunca con ese entor-

no, como hacen algunos. Si no existiese la vida literaria, en su vertiente menos estimable, muchos desertarían. Y es que, en este campo, abunda la inautenticidad. Algunas veces el espectáculo da risa, y otras dan ganas de llorar. Esto ocurre cuando ves que las acciones están impulsadas por una tal ambición o vanidad, que éstas llegan a definir a las personas. También existen seres cuya conducta, en este ambiente, es casi un milagro, y a las cosas hay que justificarlas por la parte positiva. Hay una vertiente pintoresca, y a menudo muy ingeniosa, que se produce en la convivencia de los escritores y sus acompañantes, que es muy divertida. Esta vertiente lúdica es para mí valiosa, y debiera cultivarse más. A veces se confunde con la venenosa malicia y con la rijosidad, y sólo queda, entonces, que salir corriendo.

*7.—Hablando ya de tu obra en concreto, en tu poesía hay una visión muy personal del amor y del tiempo. Nos gustaría fueses tú quien nos hablases de ello. Por otro lado, la creación y carácter de ese binomio amor-tiempo es ¿el origen o el resultado de tu dedicación poética?*

Yo creo que el mundo del poeta se va descubriendo a medida que la obra se realiza. Si hay temas que golpean una y otra vez, no aparecen por voluntad sino por fatalidad. En mi poesía es más vasta y rica la temática temporal que la estrictamente amorosa. El tiempo es mi cuerpo y mi enigma, y también el fracaso definitivo; el amor es mi inserción en el tiempo con la intensidad máxima, el deseo de mi mejor realización posible, y es también un fracaso que, aunque no tan absoluto, puede ser más doloroso.

Es también muy importante la relación del tiempo y el acto erótico: se trata de otra intensidad distinta a la del amor, y aunque la plenitud no es equiparable, la actividad meramente erótica nos da la sensación del logro continuado de la libertad. En mi poesía, sin embargo, se transforma a menudo, y ésto lo vio muy bien Bousoño, en símbolo de la desposesión. Esto obedece a que el núcleo de mi visión del mundo, en el que la vida es un progresivo oscurecimiento en el olvido, tiraniza cuantos temas surgen, y tanto más cuanto más importancia cobran en la obra. El acto más intenso de la vida se transforma en el acto en el que la desposesión, el vacío último, se hace más evidente.

La relación del tiempo y el amor en mi personal experiencia es una verdad distinta que esa misma relación expresada en el poema. No se corresponden exactamente; en el resultado poético la relación, por una parte, se profundiza, y por otra se empobrece. Por ejemplo, no aparece el goce, o apenas. La poesía se empeña, fatalmente, en

Degas



condenarme, borrando todo vestigio de alegría. Afortunadamente, mi vida traiciona esa imagen. Lo contrario sería, como puedes suponer, indeseable. Yo diría que, en mi obra, la vida, entendida de un modo nada estricto, es el origen del poema, pero que a su vez esa vida, tal como se presenta al lector, es el resultado del poema. Son dos realidades distintas, las dos verdaderas, que se complementan y que tan sólo en mí, no en el lector, alcanzan su unidad.

Para mayor ironía, el resultado que llega al lector no es el mismo si en el acto de creación, por ejemplo, ha sucedido o no una imprevista llamada telefónica, y nada digamos si una golondrina o una rosa ha golpeado la ventana, que estos otros imprevistos dejan a muchos poetas con fiebre altísima. Aquel conocimiento que deseamos desvelar en el poema tiene expresión distinta, y por lo tanto es diferente texto, si se escribe en uno u otro momento, ahora o después. Sirvámonos del tópico poético. Es el azar del juego de los dados: un movimiento más de muñeca, o un impulso milimétricamente menor, y el resultado es otro. En este sentido la poesía, no importa que sea tan prosaica como la de Campoamor, es mucho más imprevista y sensible que el más hipersensible poeta, aunque éste se llame J. R. J. Lo único que ocurre es que el resultado será tosco, o exquisito y lleno de temblor, según lo sea el poeta. La poesía no desvela sino las posibilidades estéticas y espirituales del hombre que la escribe. Es azarosa, pero no crea desde sí misma, sino desde el hombre, quien la conforma absolutamente. En la poesía no sólo es misterio el desvelamiento final, sino que lo es aún más el proceso. Y, sin embargo, está regida por la fatalidad, y el resultado es siempre coherente y dependiente del hombre que la hace. La fatalidad de su resultado, la conciencia que tenemos de que el proceso de la escritura ha desembocado en la verdad incógnita y profunda, es quizá lo que más asombra al poeta.

8.—*En la significación común que, según dices, tienen todos los títulos de tus libros, cómo se inserta "Insistencias en Luzbel"*.

También aquí el título formula la cosmovisión, mas no de un modo directo. La lectura del primer poemita, *Luzbel*, es la que posibilita la plena significación del título. El mito de Luzbel es sólo una metáfora comparativa que sirve aquí a una obsesión vital mía, a la que poéticamente le doy un tratamiento de mito personal. Dice el minitexto:

Descifremos el mito:  
El Angel es la Nada.  
Dios, el Engaño.  
Luzbel es el Olvido.

En la lectura vertical de los primeros términos se formula el mito, aquí metafórico, del Angel caído: quiso ser Dios, y fue condenado. En la de los segundos el mito es el mío personal, creado desde

la poesía: la Nada como posibilidad frustrada, y que al transformarse en Ser, o Vida, es condenada al Olvido. El Olvido es la nada manchada por la vida. El proceso al que aboca hace que llame a la Vida, Engaño. Luzbel es, pues, en la metáfora, el término que se corresponde con el Olvido. Hay que superponer en la lectura del título la significación profunda, y que en el libro, y en toda mi obra, es una constante: insistencias en el olvido.

9.—*Respecto a tu lenguaje poético, considerado por Bousoño como lenguaje cotidiano, objeto de una progresiva y elaborada simplificación, recurrente, evocativo, etc... Nos interesaría ver el tipo de relación que estableces entre la utilización de este lenguaje y tu concepción y práctica poética.*

En mi tratamiento del lenguaje tiene una enorme importancia la intuición; es decir, la fatalidad expresiva. Casi al paso, pero un poco detrás, actúa la reflexión; incluso el análisis crítico. Estos acometen su acción sobre los espacios inexpresivos, o dudosos, o sobre las traiciones del lenguaje, y también sobre la estructura del texto.

Es esta intuición la que dirige la evolución expresiva de mi obra, y creo que esta evolución ocurre según las necesidades del mundo que ha de desvelarse. No actúa en mí la previa voluntad del cambio, la búsqueda de un lenguaje que habrá de ser aplicado como el traje al cuerpo; si seguimos con el símil, no se trata de ropa sino de piel, y ésta va transformándose con la fatalidad que el tiempo, o las posibles circunstancias, señalan en el cuerpo del que forman parte.

Pondré un ejemplo. La sección satírica de *Aún no*, dejó tan sorprendido al lector habitual de mis versos como a mí mismo. El acentuado conceptismo, la multiplicidad de los procedimientos que allí se acumulan, la relativa novedad del léxico, la peculiar andadura intencional del poema; en una palabra, las muy evidentes diferencias estilísticas que allí se expresan con respecto a mi poesía habitual, no fueron voluntarias, sino impulsadas por la fatalidad de la escritura. Otra cosa es que yo después trabajase, o enmendase, los textos, en función ya del mundo expresivo que tan imprevisiblemente se me había revelado, y que era el que se adecuaba con pertinencia a la sátira, dándole misteriosamente mi impronta.

A pesar de lo dicho, sí he sido fiel a unas intenciones generales, que obedecen a la concepción de lo que yo deseo lograr poéticamente, porque estimo que en ese logro está la posible plenitud del desvelamiento de mi mundo. Así, he procurado siempre no oscurecer el texto, sino conseguir la máxima claridad, sin que esto pudiera justificar nunca la simplificación o el empobrecimiento del poema. Si

la experiencia que se revela es compleja, y en principio oscura, el poema acusará esta dificultad, pero con voluntad siempre (y esto con el máximo rigor) de lograr una expresión lo más clarificadora posible. De ahí que mi lucha por el lenguaje sea por hallar la mayor lucidez expresiva, lo que me obliga a buscar la precisión de la palabra. Esa lucidez puede arrastrarme paradójicamente a buscar la ambigüedad del texto, por así exigirlo la precisión, ya que en esa ambigüedad puede residir la claridad y la verdad poéticas.

Creo que la evolución expresiva de mi poesía ha ido en la dirección de ese encuentro conjunto de ambigüedad y lucidez, determinado ello por la índole misma de las experiencias reveladas, o quizá porque la vida, según se me presenta ahora, no es sino ambigüedad, y el intento de encontrarle algún sentido demanda una lucidez tan necesaria como imposible, y aún quizás inútil.

La riqueza de la palabra es para mí su precisión. No me importa repetir las palabras, y que éstas sean palabras gastadas, si es que obedecen necesariamente a la expresividad del poema. Lo que yo canto es un mundo tan gastado que la búsqueda de originalidad podría fácilmente traicionarlo. Me importa en poesía la voz personal, no la voz original; a no ser que lo personal se identifique, en alguien, con lo original. No es ése mi caso.

Me importa la poesía en cuanto me importa la vida. De ahí que me importe mi individualidad, ya que desde ella experimento la vida. Soy, por todo ello, un poeta de la intimidad; se trata de iluminar lo oscuro, pues me interesa mi yo secreto de hombre, pero no porque sea nada excepcional sino porque es el mío, y es el que mejor se me puede revelar. Es sólo un problema de elección de la mejor perspectiva, y si interesa a algún lector es por la cercanía que hay entre todos los hombres. Los poetas, al hablar de sí mismos, siempre están hablando de los demás. En este sentido puede ser más social Juan Ramón Jiménez que Neruda: la respuesta está en el lector.

*10.—La concepción poética que has expresado, quizá te serviría como punto de referencia para situarte respecto de la nueva poesía que se ha hecho y se está haciendo desde generaciones posteriores a la tuya, los "novísimos" —por ejemplo— y derivaciones, nuevas tendencias actuales aún sin ordenar, etc.*

Las diferencias son tan abundantes como evidentes, pues es una generación que ha surgido con una distinta estética, y con otros intereses. Pero no creo que se trate de una ruptura tan radical como ha podido parecer, ya que la tradición de la que parten bastantes de ellos no la desconocía mi generación, y encontramos también estima-



ciones conjuntas. Creo, además, que es una generación nada monolítica, y que está compuesta de poetas con mundos y propuestas muy distintos. En un principio parecía que sus únicos, o mejores, componentes se apoyaban exclusivamente en la tradición de las llamadas vanguardias; ahora puede ya verse que ésa no es toda la verdad. Falta aún perspectiva para poder hablar sobre esto con el necesario rigor, y tampoco sabemos cómo evolucionará definitivamente esta poesía.

Desde luego que algunas de estas obras, que me interesan mucho como lector, están muy lejos de mi concepción creadora, y nunca me tentaría un intento semejante. Otras están más cercanas y, no por ello, tienen que gustarme o interesarme más. Volvemos a lo de siempre: importa sólo la calidad y la intensidad del logro.

11.—*Una pregunta obligada: ¿La poesía tal y como la conocemos desaparecerá? ¿Crees que la poesía está en crisis?*

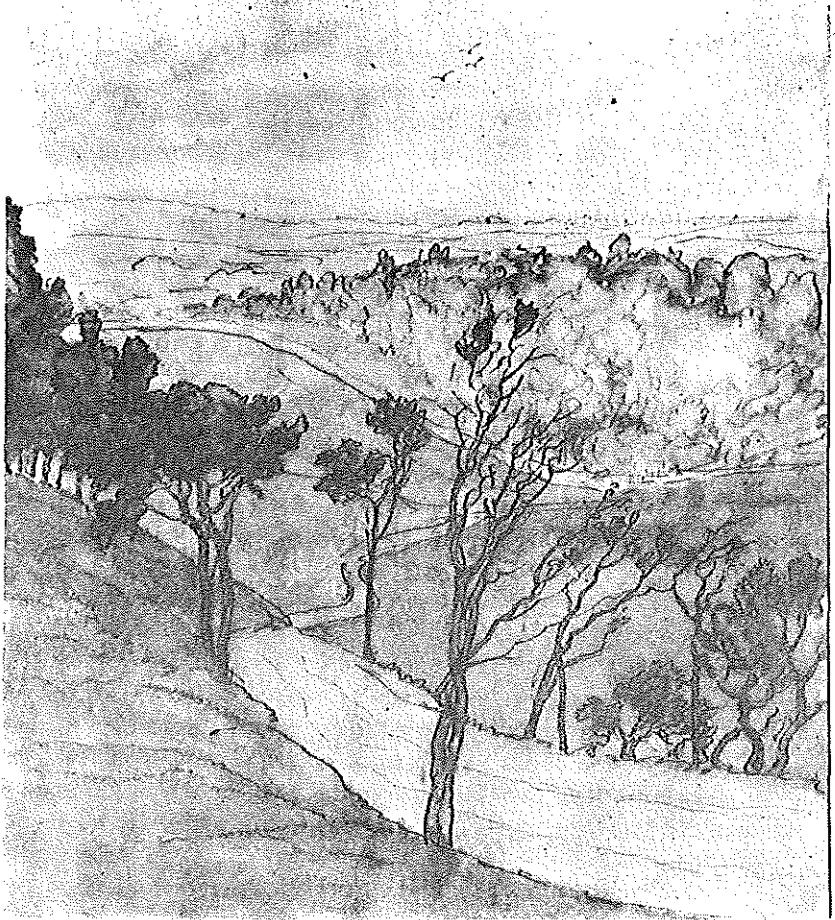
No lo creo. Vuelvo a insistir: la poesía es un proceso de desvelamiento; de conocimiento, por lo tanto. Le da un orden, tan ficticio como suficiente, al mundo. Trata de descubrir el sentido de la vida (que puede ser, lúcidamente, su sinsentido). A veces llega a exponer una moral, individual o colectiva, que le ayuda al hombre a vivir más complacidamente, o al menos más reconciliado con su tránsito mortal. Si, además, es pródiga de la emoción, de la belleza, golpea con la sorpresa o la imaginación, enseña el goce de la vida, es justo que pensemos que el hombre habrá de seguir necesitándola. Si alguna vez desapareciese tal como la entendemos, porque algo mejor la sustituyese cumpliendo con el ofrecimiento de lo aquí expuesto, a eso habría que seguir denominándolo poesía.

12.—*Por último, para cerrar la entrevista, ¿qué es lo que no has escrito y te gustaría escribir? ¿Qué es lo que no has hecho y te gustaría hacer?*

¿Qué me hubiera gustado escribir? Eso es demasiado soñar. Seamos más modestos: me hubiese gustado, y no hubiese estado nada mal, ser el Autor de la Biblia, pero si atendemos tan sólo a los resultados, hubiese preferido escribir el Quijote.

Si abandono la modestia y hablo desde la lucidez, te diría que me gustaría escribir alguna vez un poema (al menos de tres versos, pues no soporto los pareados) que pudieran leer con emoción perceptible los hijos de tus futuros nietos. O alguna de sus más bellas amistades.

¿Y qué es lo que no he hecho y me hubiese gustado hacer? Si tuviésemos más vidas cabría plantearse detenidamente la pregunta.



Pero con una sola, y visto cómo la atropella el tiempo, bueno está lo bueno y bueno está lo malo. Como sólo queda envejecer, no hay que detenerse a mirar bobamente atrás, porque el presente no hay que perderlo, ya que siempre es el momento de mayor juventud todavía posible. Pero vaya una respuesta: muchas veces he pensado que debí haber hecho muchos más actos virtuosos y también que me he quedado demasiado corto en los pecados. Llamo virtud a lo que pacífica y serena, dándome plenitud; pecado a lo que me da esa plenitud, desde la exaltación del espíritu o de la carne. Como puedes adivinar, hay en mi concepción ocasiones en que el pecado y la virtud coinciden con lo que el cristianismo también denomina de esa manera. El don de la vida, en mi caso, sería no dejar nunca de ser alternativamente virtuoso y pecador.

Valencia, mes de julio de 1980



**II**  
**ANTOLOGIA POETICA**





LAS BRASAS  
1960

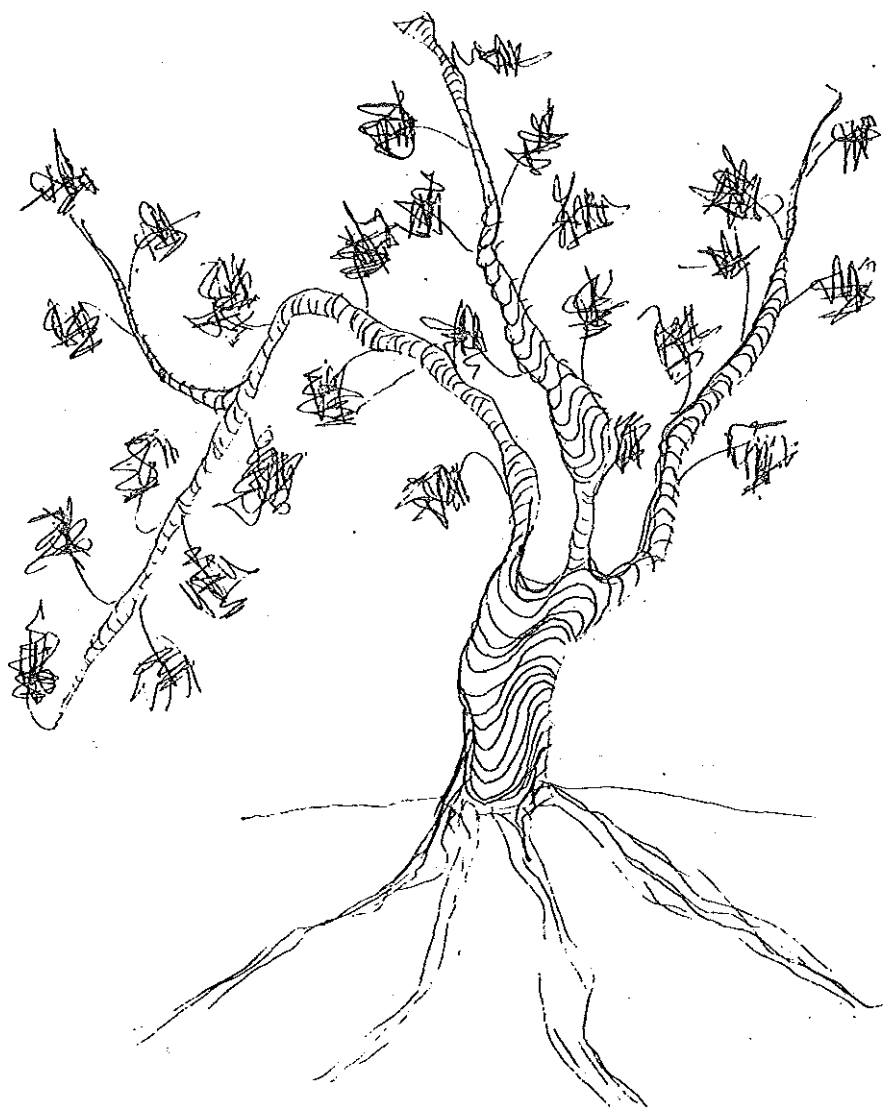
Está en penumbra el cuarto, lo ha invadido  
la inclinación del sol, las luces rojas  
que en el cristal cambian el huerto, y alguien  
que es un bulto de sombra está sentado.  
Sobre la mesa los cartones muestran  
retratos de ciudad, mojados bosques  
de helechos, infinitas playas, rotas  
columnas: cuantas cosas, como un puerto,  
le estremecieron de muchacho. Antes  
se tendía en la alfombra largo tiempo,  
y conquistaba la aventura. Nada  
queda de aquel fervor, y en el presente  
no vive la esperanza. Va pasando  
con lentitud las hojas. Este rito  
de desmontar el tiempo cada día  
le da sabia mirada, la costumbre  
de señalar personas conocidas  
para que le acompañen. Y retornan  
aquellas viejas vidas, los amigos  
más jóvenes y amados, cierta muerta  
mujer, y los parientes. No repite  
los hechos como fueron, de otro modo  
los piensa, más felices, y el paisaje  
se puebla de una historia casi nueva  
(y es doloroso ver que, aun con engaño,  
hay un mismo final de desaliento).



Recuerda una ciudad, de altas paredes,  
donde millones de hombres viven juntos,  
desconocidos, solitarios; sabe  
que una mirada allí es como un beso.  
Mas él ama una isla, la repasa  
cada noche al dormir, y en ella sueña  
mucho, sus fatigados miembros ceden  
fuerte dolor cuando apaga los ojos.  
Un día partirá del viejo pueblo  
y en un extraño buque, sin pesar,  
navegará. Sin emoción la casa  
se abandona, ya los rincones húmedos  
con la flor del verdín, mustias las vides;  
los libros, amarillos. Nunca nadie  
sabrà cuándo murió, la cerradura  
se irá cubriendo de un lejano polvo.

*A Vicente Andrés Estellés*

Junto a la mesa se ha quedado solo,  
debajo de las vigas, en penumbra  
los muros. Los naranjos arden fuera  
de luz, y el mar de velas blancas, suben  
encendidos los pinos por el monte.  
En la madera del balcón las horas  
se detienen, y el mundo se imagina  
con el amor que quiere el pecho. Crece  
la sala dentro, y el rumor del aire  
llega hasta el corazón, como se queda  
la soledad del polvo en una rama.  
Inclina la cabeza, y en su gesto  
nada adivinaría nadie; él  
sabe que las tristezas son inútiles  
y que es estéril la alegría. Vive  
amando, como un loco que creyera  
en la tristeza de hoy, o en la alegría  
de mañana. La tarde entra en la casa  
y apaga la madera del balcón,  
su llama roja. Ay, se muere todo,  
pasa la luz, la flor, los sentimientos  
se marchitan, las fuerzas van perdiéndose.  
Los ojos, soñadores, cuando avanzan  
los días y envejecen, nada nuevo  
quieren. Con lentitud baja aquel hombre,  
sale a la puerta de la casa, mira  
los campos, las alturas, los primeros  
astros del cielo, reconoce el mundo.  
Alguien llega del bosque, con su cesta  
luminosa de grillos, sus callados  
fuegos de hierba seca. El conoce  
quién es, toca la sombra del gigante,  
le sonrío. Y enciende las ventanas,  
deja la puerta abierta, le saluda  
con dulce voz, y espera a que se aleje.



**PALABRAS A LA OSCURIDAD**  
1966

## MERE ROAD

Todos los días pasan,  
y yo los reconozco. Cuando la tarde se hace oscura,  
con su calzado y ropa deportivos,  
yo ya conozco a cada uno de ellos, mientras suben en  
grupos  
o aislados,  
en el ligero esfuerzo de la bicicleta.  
Y yo los reconozco, detrás de los cristales de mi cuarto.  
Y nunca han vuelto su mirada a mí,  
y soy como algún hombre que viviera perdido en una casa  
de una extraña ciudad,  
una ciudad lejana que nunca han conocido,  
o alguien que, de existir, ya hubiera muerto  
o todavía ha de nacer;  
quiero decir, alguien que en realidad no existe.  
Y ellos llenan mis ojos con su fugacidad,  
y un día y otro día cavan en mi memoria este recuerdo  
de ver cómo ellos llegan con esfuerzos, voces, risas, o  
pensamientos silenciosos,  
o amor acaso.  
Y los miro cruzar delante de la casa que ahora enfrente  
construyen  
y hacia allí miran ellos,  
comprobando cómo los muros crecen,  
y adivinan la forma, y alzan sus comentarios  
cada vez,  
y se les llena la mirada, por un sólo momento, de la  
fugacidad de la madera y de la piedra.

Cuando la vida, un día, derribe en el olvido sus  
jóvenes edades,  
podrá alguno volver a recordar, con emoción, este suceso mínimo  
de pasar por la calle montado en bicicleta, con es-  
fuerzo ligero  
y fresca voz.  
Y de nuevo la casa se estará construyendo, y esperará  
el jardín a que se acaben estos muros  
para poder ser flor, aroma, primavera,  
(y es posible que sienta ese misterio del peso de  
mis ojos,  
de un ser que no existió,  
que le mira, con el cansancio ardiente de quien vive,  
pasar hacia los muros del colegio),  
y al recordar el cuerpo que ahora sube  
solo bajo la tarde,  
feliz porque la brisa le mueve los cabellos,  
ha cerrado los ojos  
para verse pasar, con el cansancio ardiente de quien  
sabe  
que aquella juventud  
fue vida suya.  
Y ahora lo mira, ajeno, cómo sube  
feliz, encendiendo la brisa,  
y ha sentido tan fría soledad  
que ha llevado la mano hasta su pecho,  
hacia el hueco profundo de una sombra.

## EL MENDIGO

Extraño, en esta noche, he recordado  
una borrada imagen. El mendigo  
de mi niñez, de rostro hirsuto, torna  
desde otro mundo su mirada dura.  
Llegaba al mediodía, y un gruñido  
de animal viejo le anunciaba. (Toda  
la casa estaba abierta, y el verano  
llegaba de la mar.) Andaba el niño  
con temor a la puerta, y en su mano  
depositaba una moneda. Era  
hosca la voz, los ojos fríos de odio,  
y sentía un gran miedo al acercarme,  
la piedad disipada. Violenta  
la muerte me rondaba con su sombra.  
Sólo después, al ver a los mayores  
hablar indiferentes, ya de vuelta,  
se serenaba el pecho. Me quedaba  
cerca de la ventana, y frente al mar  
recordaba las sombrías historias.

Esta noche, pasado tanto tiempo,  
su presencia terrible y misteriosa  
me ha desvelado el sueño. Ningún daño  
he sufrido de aquella voluntad,  
y el hombre ya habrá muerto, miserable  
como vivió. Aquellos años, otros  
muchos mendigos iban por las casas  
del pueblo. Todos, sin venganza, yacen.  
Los extinguió el olvido. Vagas, rotas,  
surgen sus sombras; la memoria turba  
un reino frío y solitario y vasto.  
Poderosos, ahora me devuelven  
la mísera limosna: la piedad  
que el hombre, cada día, necesita  
para seguir viviendo. Y aquel miedo  
que de niño sentí, remuerde ahora  
mi vida, su fracaso: un anciano  
me miraba con ojos inocentes.

## SOLO DE TROMPETA

*A Toni Puchol*

Cuando ya las miradas de todos se conocían vagamente,  
a través de las pupilas nubladas por el alcohol,  
de aquella música confusa, de la penumbra de aquel humo,  
del caos  
vino un silencio imperceptible,  
y una trompeta sola, de fuego, nos quemaba la vida.

O acaso era de hielo aquella música:  
inertes los sonidos, para que cada uno de nosotros  
los hiciese movibles, los llenase de espíritu.  
Por cada uno de los hombres  
la música cantaba diferente: con alegría estéril  
en la mujer que me miraba, con cansada tristeza  
en unos yertos labios, y en el muchacho solitario  
con profunda nostalgia de vejez;  
la música cantaba diferente, sin que nadie supiera  
cómo sonaba junta, con qué intenso dolor.

En aquel cuarto oscuro nada correspondía a la ver-  
dad del hombre:  
la emoción estridente del músico era falsa,  
torpe el engaño de los otros.  
La verdad es humilde y es sencilla.  
La soledad, al compartirla con otras soledades,  
hace más viva la impotencia,  
y empuja al hombre entonces a regiones heroicas  
con sólo el sentimiento.  
Después cae un cansancio sobre el alma

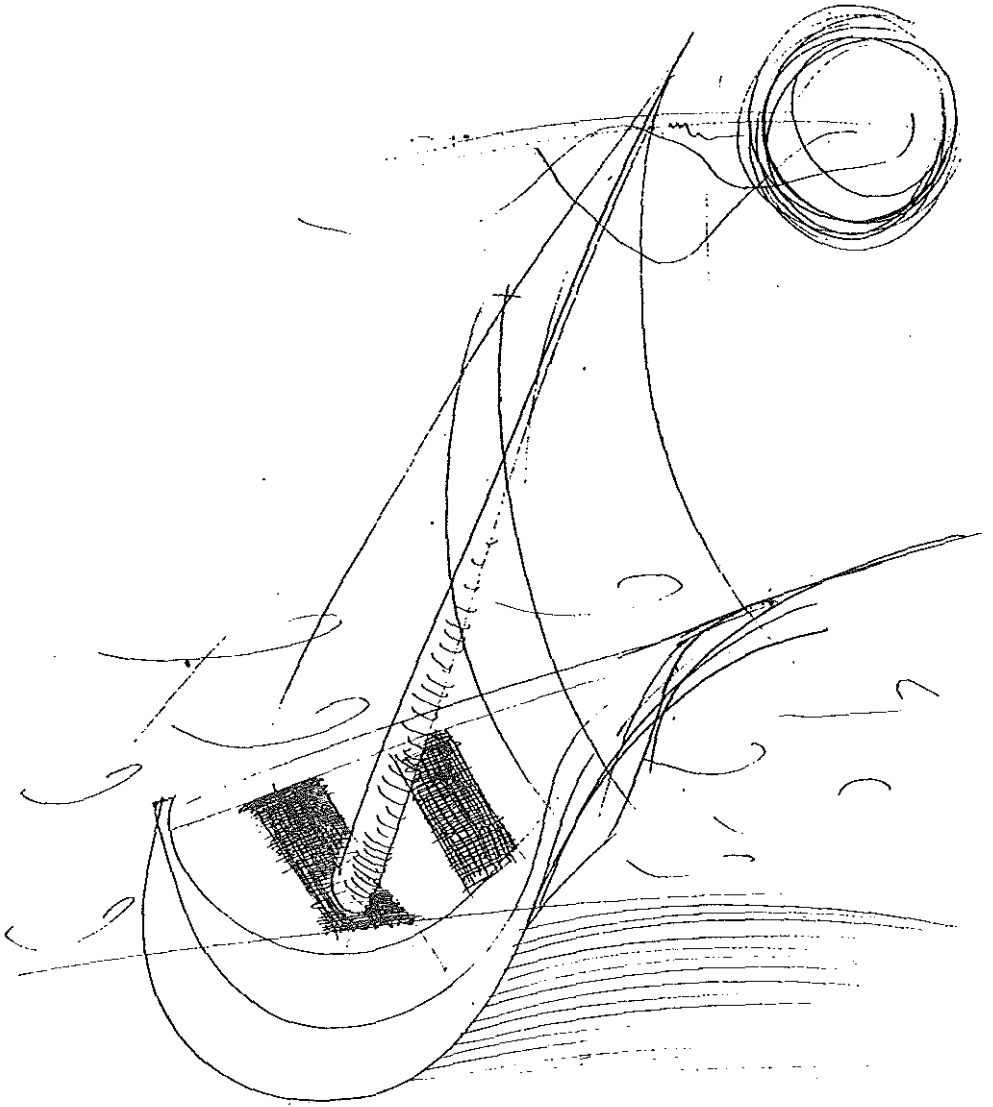


por esta lucha inútil, se resiente  
tanta falsa virtud, la mentida pureza;  
y cuando la trompeta, desmayada, se extingue en el  
silencio,  
sólo quedan visibles, descubiertos al fin, los más  
ocultos,  
los más tenaces vicios:  
se reconocen las miradas, y puede haber piedad,  
y hasta sentir alguno un tibio amor.

La trompeta de fuego,  
muda sobre una mesa, la vemos amarilla,  
y está vieja y rayada.

## IMPRESION REPETIDA

La última mañana en la ciudad  
amanece con luz marchita. Vengo  
de habitar en la noche, voy al día  
con sueño, con los ojos muy cansados.  
Estas horas terribles en extrañas  
ciudades aconsejan al viajero  
que retorne al hogar, en donde el tiempo  
no estraga tan temprano el corazón.



AÚN NO  
1971

## EL HIJO DE LOT

Debo reconvenirte, vieja amiga,  
por tus descuidos. El pequeño Antonio  
te vio desnuda en la bañera, y sufre  
trastornos de alma. Desvaría, dice  
que tu cuerpo es lascivo, y aún horrendo,  
y busca semejanzas, siempre torpes:  
que es como ver desnudo a un negro grande,  
en una negra alcoba, y él precisa:  
o a un conejo sin piel. Lo teme todo  
su director de espíritu: suicidio  
moral, que el insensato se despeñe  
contra naturaleza. Yo presiento  
algún castigo bíblico al curioso:  
monumento salado, no; un mito  
más durable: espacio geográfico,  
aunque yermo; por causa de su sexo,  
que en prematura edad tornaste casto,  
ya es casquete polar para los siglos.

## POETA POSTUMO

Sorprende la noticia, pues me dicen  
que escribes versos muy desvergonzados,  
(versos de tu experiencia cotidiana,  
presumo con certeza), y que esperas  
que se publiquen póstumos; entonces  
alcanzarás la fama que te niegan  
los que, al leerte, aburres tanto. Sabe  
que hablan de ti, pues, tienes mucha fama,  
aunque en verdad muy mala, y esos cuentos  
los saben de corrida, y mejorados.

Viejo poeta amigo, ya los tiempos  
serán tan diferentes cuando editen  
tus versos censurados, que leídos  
serán tan sólo ya banalidades,  
como banales son esos sucesos  
que ahora cuentan de ti tus enemigos  
con prosa no mejor que tus poemas.

## POLVOS Y LODOS

Eres mezquino en el oficio, todo  
lo empobreces: reduces las carrozas  
a tartanas; aññas cigarillos,  
dentaduras, y en plazas o tabernas  
mudas reputación por risotada.  
Eres chulo (y ladrón); mas no prestigias  
oficio tan antiguo y respetable.

## ONOR

*A Vicente Puchol*

Los siglos han pasado,  
y la mentira del honor gloriosa sobrevive,  
como una larga ña con máscara de plata,  
cuando aherrojado en agujeros húmedos  
lo noble es clandestino, vergonzoso el amor,  
sorda herrumbre la fe,  
la juventud es tierra destruida.

Hemos comprado o seducido cuerpos  
en avenidas luminosas, negros buques,  
callejas orinadas, museos, catedrales,  
trenes soñolientos, alcobas  
respetables y colegios sin luz.  
Y ahora recuerdo ajadas las visiones  
de unos cuerpos que escapan para siempre,  
por los desmontes húmedos,  
y la ciudad alzarse del humo de la noche,  
y la luz desgarrarla fríamente.

He conocido el daño,  
penetrar la navaja,  
la incitación al miedo,  
vivir insatisfecho, la negación más dura.  
La indiferencia de unas manos  
y andábamos buscando el placer de la carne,  
la ebria raíz del fuego

y el asco allí,  
nacer inmerecida la alegría,  
y hemos besado la sonrisa, o su estremecimiento  
provocado,  
hemos sentido la miseria de no poder dar nada,  
y éramos ricos áridos,  
y encontrado felices un pretexto de ejercer  
la piedad,  
y conocido la vida tenebrosa de los desconocidos,  
transformarla en palabras,  
y asistido peinados y olorosos al momento más  
puro de identidad del hombre.

Ahora alzamos el rostro hacia la noche,  
y secos ven los ojos  
la blanca luz de la maldita luna.

## ALOCUCION PAGANA

¿Es que, acaso, estimáis que por creer  
en la inmortalidad,  
os tendrá que ser dada?  
Es obra de la fe, del egoísmo  
o la desolación.  
Y si existe, no importa no haber creído en ella:  
respuestas ignorantes son todas las humanas  
si a la muerte interroga.

Seguid con vuestros ritos fastuosos, ofrendas  
a los dioses,  
o grandes monumentos funerarios,  
las cálidas plegarias, vuestra esperanza ciega.  
O aceptad el vacío que vendrá,  
en donde ni siquiera soplará un viento estéril.  
Lo que habrá de venir será de todos,  
pues no hay merecimiento en el nacer  
y nada justifica nuestra muerte.



## TENDIDO SIN AMOR

Llueve, y amo.  
Jadean, en extendida sombra,  
dos sombras vivas, hozan la nada,  
y en ella se alimentan.

Son jirones de luz,  
y a su luz se ven ojos, muslos, cabellos,  
mientras la sombra se extingue hacia más sombra,  
y el reposo en las sábanas  
de las furias del cuerpo  
es el agradecimiento de quien ha de morir,  
y sin pedir la vida, la vida le desborda  
hasta negar la muerte miserable,  
la herrumbre de los cuerpos aún vivos  
y las sombras ya huecas de los muertos.

## CUANDO YO AUN SOY LA VIDA

*A Justo Jorge Padrón*

La vida me rodea, como en aquellos años  
ya perdidos, con el mismo esplendor  
de un mundo eterno. La rosa cuchillada  
de la mar, las derribadas luces  
de los huertos, fragor de las palomas  
en el aire, la vida en torno a mí,  
cuando yo aún soy la vida.  
Con el mismo esplendor, y envejecidos ojos,  
y un amor fatigado.

¿Cuál será la esperanza? Vivir aún;  
y amar, mientras se agota el corazón,  
un mundo fiel, aunque perecedero.  
Amar el sueño roto de la vida  
y, aunque no pudo ser, no maldecir  
aquel antiguo engaño de lo eterno.  
Y el pecho se consuela, porque sabe  
que el mundo pudo ser una bella verdad.



INSISTENCIAS EN LUZBEL  
1977

## INVITACION A UN BLANCO MANTEL

Blanco mantel.  
Es un error: pues no hay color, ni hay lugar prevenido,  
ni nada que soporte  
lo que habrá de ser luz, o lo indeciso.

Aquellos que deseen asistir, comensales  
de este blanco mantel,  
se deben de rasgar con las uñas los ojos  
en dimensión extensa y en dimensión profunda,  
pues no hay canto que oír,  
y con peñascos secos quebrantar los oídos,  
pues no existe dolor que se aproxime.  
No hay maldición, ni lengua. Ni hay silencio.

Ya puedes, no invitado,  
presentarte en el hueco,  
y puesto que careces de movimiento real, y aún del furtivo,  
estás en condiciones de injuriar el mantel,  
y si lo manchas (pues no hay color, ni hay lugar prevenido,  
ni nada que soporte  
la opción de lo indeciso, engaño o luz),  
ya puedes conocerte. Date un nombre.

## LOS SINONIMOS

Más allá de la luz está la sombra,  
y detrás de la sombra no habrá luz  
ni sombra. Ni sonidos, ni silencio.  
Llámale eternidad, o Dios, o infierno,  
O no le llames nada.  
Como si nada hubiera sucedido.

## SABADO

Esta es la noche sorprendente;  
surge, de un mundo oscuro, la soledad, y se une a  
la alegría,  
y anda libre el deseo en pos de su inminencia.  
El alborozo de los ojos desnuda a la ciudad,  
hermosa igual que un firmamento.  
Quizás hallemos hoy la dicha,  
pues cada sábado nocturno, en estas calles, la hace  
siempre posible,  
sin que, a primeras horas, aún importe la edad.  
Cabinas telefónicas en donde la memoria marca se-  
cretos números,  
o bares sucesivos y abundantes esquinas,  
te ofrecen la belleza que persigues,  
y para disfrutarla tú dispondrás después de alguna  
oscuridad.  
Y todo podrá ser, porque lo fue otras veces.

Mas no te sientas nunca el dueño de la noche:  
son rostros numerosos y también desatentos;  
puede el hado no serte favorable,  
y hace algún tiempo ya que lo sabes hostil.  
Mas no abandones nunca la esperanza  
de ese dormir, si en ello va tu vida:  
cansado, y por rutina, busca atento  
el rostro alegre y ciego de tanta juventud.

## RESUMEN FANTASTICO

Hemos quemado muchos cigarrillos,  
y así se fue la vida.

Largas conversaciones,  
y trabajos mezquinos. También breves sollozos,  
y sucesión de cuerpos. Y esos sordos sermones,  
insistentes. Alguna vez fue bella.  
Escogimos unas pocas palabras que pudieran salvarla,  
y este mal resultado:  
así retiene la mirada un rostro fugitivo.  
Hoy, que ya se ha marchado, queda sólo esta duda:  
no sé si fue rápida  
o demasiado lenta.  
Y algo que no he entendido:  
hubo muchos bostezos.

## AQUEL VERANO DE MI JUVENTUD

¿Y qué es lo que quedó de aquel viejo verano  
en las costas de Grecia?  
¿Qué resta en mí del único verano de mi vida?  
Si pudiera elegir de todo lo vivido  
algún lugar, y el tiempo que lo ata,  
su milagrosa compañía me arrastra allí,  
en donde ser feliz era la natural razón de estar  
con vida.

Perdura la experiencia, como un cuarto cerrado de  
la infancia;  
no queda ya el recuerdo de días sucesivos  
en esta sucesión mediocre de los años.  
Hoy vivo esta carencia,  
y apuro del engaño algún rescate  
que me permita aún mirar el mundo  
con amor necesario;  
y así saberme digno del sueño de la vida.

De cuanto fue ventura, de aquel sitio de dicha,  
saqueo avaramente  
siempre una misma imagen:  
sus cabellos movidos por el aire,  
y la mirada fija dentro del mar.  
Tan sólo ese momento indiferente.  
Sellada en él, la vida.



## EL POR QUE DE LAS PALABRAS

No tuve amor a las palabras;  
si las usé con desnudez, si sufrí en esa busca,  
fue por necesidad de no perder la vida,  
y envejecer con algo de memoria  
y alguna claridad.

Así uní las palabras para quemar la noche,  
hacer un falso día hermoso,  
y pude conocer que era la soledad el centro de  
este mundo.  
Y sólo atesoré miseria,  
suspendido el placer para experimentar una desdi-  
cha nueva,  
besé en todos los labios posada la ceniza,  
y fui capaz de amar la cobardía porque era fiel  
y era digna del hombre.

Hay en mi tosca taza un divino licor  
que apuro y que renuevo;  
desasosiega, y es  
remordimiento;  
tengo por concubina a la virtud.  
No tuve amor a las palabras,  
¿cómo tener amor a vagos signos  
cuyo desvelamiento era tan sólo  
despertar la piedad del hombre para consigo  
mismo?

En el aprendizaje del oficio se logran resultados:  
llegué a saber que era idéntico el peso del acto  
que resulta de lenta reflexión y el gratuito,  
y es fácil desprenderse de la vida, o no estimarla,  
pues es en la desdicha tan valiosa como la misma  
dicha.

Debí amar las palabras;  
por ellas comparé, con cualquier dimensión del  
mundo externo:  
el mar, el firmamento,  
un goce o un dolor que al instante morían;  
y en ellas alcancé la raíz tenebrosa de la vida.  
Cree el hombre que nada es superior al hombre  
mismo:  
ni la mayor miseria, ni la mayor grandeza de los  
mundos,  
pues todo lo contiene su deseo.

Las palabras separan de las cosas  
la luz que cae en ellas y la cáscara extinta,  
y recogen los velos de la sombra  
en la noche y los huecos;  
mas no supieron separar la lágrima y la risa,  
pues eran una sola verdad,  
y valieron igual sonrisa, indiferencia.  
Todo son gestos, muertes, son residuos.

Mirad al sigiloso ladrón de las palabras,  
repta en la noche fosca,  
abre su boca seca, y está mudo.



SEIS POEMAS INEDITOS

## TRIPTICO DE LA AVENTURA

(mito)

Cierta vez fue la vida  
un mágico transcurso,  
un tránsito sin fin.

(realidad)

Lo que perdí, y lo que ya no espero,  
aunque exista quizás.  
Y este presente atónito de ser.

(destino)

Esta espera del tiempo aún,  
el calor y la rosa.  
Después la ceguedad de ese dios Hueco.

## LAS CAMPANAS DE ST. PETER IN THE EAST

    Escribo en una noche de noviembre.  
Y, de repente, amamos un pasado,  
por el tañido fiel  
de unas campanas que regresan claras,  
con sonido visible y sin edad  
(y aquella intimidad era mi cuerpo),  
bajando por el cobre de una tarde  
de antigua primavera.  
¡Ay, cuánta soledad y juventud!

    Regresa, con la tarde, aquel futuro  
de una vida que habría de venir,  
que podía ser todo: mar de Grecia  
y amor hasta la muerte, fuego y verso.  
Valió más el momento de esa tarde  
que el pasado venido, hoy que miro  
cómo llega, sin luz, otro futuro.  
¡Ay, cuánta soledad y juventud  
perdidas!

    ¿Quién es el que regresa con los sonos  
de las campanas de Oxford, quién escucha  
romper el cobre ciego de la tarde,  
quién mira el mundo así, con tanta vida?  
El que mira es mirado desde fuera  
de toda primavera, y hubo mar,  
y hubo amor, pero no hasta la muerte,  
y el verso está sin fuego.

    El poema regresa hasta el calor  
de una tarde arañada, se cobija  
en una soledad no amada y dura,  
en una tierra extraña palpa vida.  
Parece que algo fuera no irreal.

## HISTORIAS DE UNA SOLA NOCHE

Fueron encuentros de una sola noche.  
Existieron dichosos,  
transformaron la carne en fuego y aire,  
daban conocimiento.  
La tentación nos llamaba a la vida  
para tocar su piel,  
después nos abandona en el misterio  
del deseo que acepta consumarse.  
Ahora todo es sonido:  
es la felicidad que bulle en la mirada.

Desdichados encuentros de una noche  
fueron también vividos,  
y un áspero sabor tenía el mundo.  
Aprendió el rechazado a rechazar.  
Mas en estos encuentros hubo siempre  
la hermosa tentación,  
la sinrazón ardiente de un deseo  
que buscaba la vida.

Hay en la mano arena,  
¿y quién cuenta los granos, los quiere distinguir  
por el color, o mide a cada uno?  
Su tacto es leve y tibio, casi frío.  
En este atardecer que ya se acaba,  
deja caer la arena  
en esta playa sola e interminable.  
Y mira cómo el mar permanece, y es sólido.

## LA NOCHE OSCURA DEL AMANECER

No han venido los cuervos al pinar  
en busca de la noche,  
con el negro ruido de su extensión,  
y sus ojos cansados de vivir  
bajo un peso de astros.  
Hoy tengo que pasar la noche en vela,  
y oigo sonar en el jardín la rueda de los vientos,  
los jazmines caer desde la reja  
a la desierta habitación.  
Hay un olor de vida en torno mío, que debió ser,  
y antes de ser era deseo sólo, o esperanza,  
y ahora mi voluntad no puede recordar si se cumplió.  
Así el tiempo ha pasado,  
y sobre la espesura de los naranjos quietos  
hiere a la oscuridad una incipiente y yerta luz,  
que es sólo frío o extrañeza,  
  
como si en otros ojos, que no son de esta tierra,  
amaneciera el mundo,  
o fuese a amanecer sobre un espacio  
en donde nada fuera conocido,  
y hay que empezar de nuevo, sin saber, a vivir.  
Déjame que te bese sólo un labio.





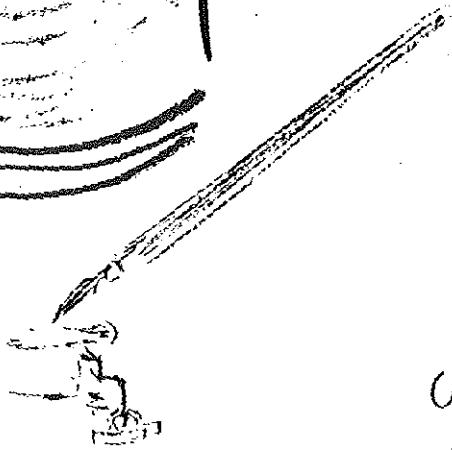
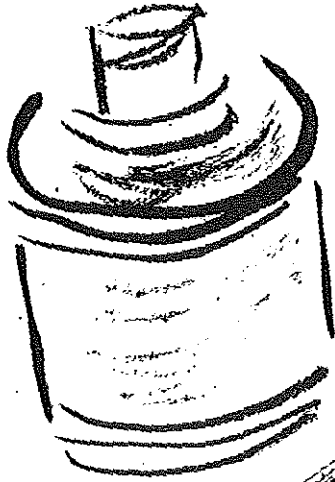
Llega la noche a pasos, muy cansada,  
arrastrando las sombras  
desde el origen de la luz,  
y así se apaga el mundo momentáneo,  
se enciende mi conciencia.  
Y miro el mundo, desde esta soledad,  
le ofrezco fuego, amor,  
y nada me refleja.

Nutridos de ese ardor nazcan los hombres,  
y ante la indiferencia extraña  
de cuanto les acoge,  
mientan felicidad  
y afirmen su inocencia,  
pues que en su amor  
no hay culpa y no hay destino.

## ANTE EL JARDIN NUBLADO

Cantan los pájaros en el jardín nublado.  
Yo soy el negador de todo el tiempo  
que me fue concedido, y aún me espera.  
Soy la mirada en el jardín nublado,  
del yerto mundo, de la cama difunta  
que produce los sueños. ¿En dónde están,  
y a dónde va mi vida  
que ya no está? Si yo azotara a Dios  
con ráfagas de lluvia, y posara en sus labios  
la tibieza del sol, para enseñarle el beso,  
y le arrancara luego los ríos y las aves  
de sus ojos, un torso rosa del tacto de sus dedos,  
y fuese el patrimonio que le queda  
un nublado jardín, ya entrado octubre,  
y más oscuridad al fin del año,  
yo sé que en su venganza me impidiera morir,  
pues con su fuerza poderosa  
me borrara esta vida que se borra,  
apagara la luz de aquel nacer.

Si Dios fuese posible,  
y oyese estas palabras, no era posible el hombre,  
y en el jardín nublado, que miro desde el cuarto,  
cantan tristes los pájaros, con vida,  
y hay un olor extendido de rosas,  
como si sólo un hombre aquí existiera,  
y porque existe él transcurre todo, y la belleza  
honda se ofrece ante su muerte,  
con sólo el fin de darle un pensamiento.  
Y así, de un mundo débil y una existencia torpe,  
nace, breve, el amor.



*Order*

*FRANCISCO BRINES nació en Oliva (Valencia) en 1932. Estudió Derecho en Salamanca y Filosofía y Letras en Madrid. Durante dos años es lector de español en Oxford. Actualmente, dedicado por entero a la literatura, reparte su tiempo entre su casa de Oliva y Madrid.*

*En 1959, su primer libro de poemas, Las Brasas, merece el premio Adonais.*

*En 1965, aparece Materia Narrativa Inexacta.*

*En 1966, publica Palabras a la Oscuridad, libro al que le fue concedido el Premio de la Crítica en 1967.*

*En 1971, aparece otro libro de poemas, Aún no.*

*En 1974 se publica, precedida por un extenso y serio prólogo-estudio de Carlos Bousoño, toda su obra poética anterior a esta fecha: Ensayo de una despedida (1961-71). Plaza y Janés, Barcelona, 1974.*

*En 1977 aparece el hasta ahora su último libro de poemas: Insistencias en Luzbel, Visor, Madrid, 1977.*





De esta MONOGRAFIA dedicada  
a FRANCISCO BRINES se  
imprimieron 500  
ejemplares en  
la imprenta  
OCMO  
de  
VALENCIA

